

escribiendo, y tuviéramos un conocimiento completo de las herejías de las que estaba defendiendo a su pueblo, el sentido aparecería más claro; pero, tal como están las cosas, no podemos hacer más que suponer. Sí sabemos bastante, sin embargo, del trasfondo, para estar razonablemente seguros de que podemos llegar al sentido de las palabras características de este pasaje de Juan.

Está claro que las palabras *agua* y *sangre* en relación con Jesús tenían para Juan un significado especialmente, místico y simbólico. En su historia de la Cruz hay un curioso par de versículos:

«Uno de los soldados Le atravesó el costado con la lanza, e inmediatamente salieron sangre y agua. Y el que da testimonio de esto lo vio, y lo que dice es cierto; y él sabe que está diciendo la verdad para que vosotros también creáis» (Juan 19:34).

Está claro que Juan adscribe una importancia particular a ese incidente, y lo garantiza con un certificado de evidencia muy especial. Para él las palabras *agua* y *sangre* en relación con Jesús comunicaban una parte esencial del Evangelio.

El primer versículo del pasaje se expresa oscuramente: «Este es el Que vino por medio de agua y sangre -Jesucristo.» El sentido es que Este es el Que entró en Su mesiazgo, o Se mostró que era el Cristo, mediante agua y sangre.

En relación con Jesús, *agua* y *sangre* no pueden referirse nada más que a dos acontecimientos de Su vida. El *agua* debe referirse a Su *Bautismo*. La *sangre*, a Su Cruz. Juan está diciendo que el Bautismo y la Cruz de Jesús son *ambos* partes esenciales de Su mesiazgo. Pasa a decir que no fue sólo por agua por lo que Él vino, sino por *agua* y *por sangre*. Está claro que algunos decían que Jesús vino por agua, pero no por sangre; en otras palabras: que Su Bautismo era una parte esencial de Su mesiazgo, pero no Su Cruz. Esto es lo que nos da la clave del trasfondo de este pasaje.

Ya hemos visto una y otra vez que tras esta carta se trasluce la herejía del gnosticismo. Y también hemos visto que los gnósticos, creyendo que el espíritu era totalmente bueno y la materia totalmente mala, negaban que Dios viniera en la carne. Así es que tenían la creencia -de la que nos habla Ireneo en relación con el nombre de Cerinto, uno de sus principales representantes y contemporáneo de Juan- de que el Cristo divino había descendido en el Bautismo sobre el hombre Jesús en forma de paloma; Jesús, asociado como si dijéramos con el Cristo que había descendido sobre Él, trajo a los hombres el mensaje del Dios que era un desconocido hasta entonces, y vivió en perfecta virtud; pero en Getsemaní el Cristo divino Se apartó del hombre Jesús y volvió a Su gloria, y fue solamente el hombre Jesús el que fue crucificado en el Calvario y después resucitó. Podríamos decir más sencillamente que Cerinto enseñaba que Jesús llegó a ser divino en Su Bautismo, pero que esa divinidad Le dejó antes de la Cruz, y que murió como un hombre y nada más.

Está claro que tal enseñanza despoja la vida y la muerte de Jesús de todo su valor para nosotros. Tratando de proteger a Dios del contacto con el dolor humano, Le excluye de la obra de la redención.

Lo que Juan está diciendo es que la Cruz es una parte esencial del significado de Jesús, y que Dios estuvo presente en la muerte de Jesús exactamente lo mismo que lo estuvo en toda Su vida.

EL TRIPLE TESTIMONIO

1 Juan 5:6-8 (conclusión)

Juan pasa a hablar del triple testimonio.

Está el testimonio *del Espíritu*. En este punto Juan está pensando en tres cosas. (i) El relato del Nuevo Testamento es claro en que en el Bautismo de Jesús el Espíritu descendió

sobre Él de una manera muy especial (*Marcos 1:9-11; Mateo 3:16s; Lucas 3: 21 s; Hechos 10:38; Juan 1:32-34*). (ii) El Nuevo Testamento es igualmente claro en que, mientras que Juan vino a bautizar con agua, Jesús vino a bautizar con el Espíritu (*Marcos 1:8; Mateo 3:11; Lucas 3:16; Hechos 1:5; 2:33*). Vino para traer a los hombres el Espíritu con una plenitud y poder desconocidos hasta entonces. (iii) La historia de la Iglesia Original es la prueba de que esta no fue una vana pretensión. Empezó en Pentecostés (*Hechos 2:4*), y se repitió una y otra vez en la historia y experiencia de la Iglesia (*Hechos 8:17; 10:44*). Jesús tenía el Espíritu, y podía dar el Espíritu a los hombres; y la continua evidencia del Espíritu en la Iglesia era -y es- un testimonio incontestable del continuo poder de Jesucristo.

Está el testimonio *del agua*. En el Bautismo de Jesús hubo el testimonio del Espíritu descendiendo sobre Él. Fue precisamente ese acontecimiento lo que le reveló a Juan el Bautista Quién era Jesús. Lo que Juan quiere subrayar es que ese testimonio se mantenía en la Iglesia Original en el Bautismo cristiano. Debemos recordar que en los orígenes de la historia de la Iglesia el Bautismo era de adultos, ya que se trataba de hombres y mujeres que ingresaban en la Iglesia mediante confesión de fe, porque venían directamente del paganismo, y empezaban una vida totalmente nueva. En el Bautismo cristiano ocurrían cosas. La persona era sumergida en el agua, y moría con Cristo; y surgía del agua resucitada con Cristo a una nueva vida. Por tanto, el Bautismo cristiano era un testimonio del poder continuo de Jesucristo. Era un testimonio de que Él seguía estando vivo, y de que Él era sin duda divino.

Está el testimonio de *la sangre*. La sangre era la vida. En cualquier sacrificio, la sangre se consagraba a Dios y sólo a Él. La muerte de Cristo fue el perfecto Sacrificio; en la Cruz derramó Su sangre en sacrificio a Dios. La experiencia de los hombres era que el sacrificio era eficaz y los redimía y reconciliaba con Dios dándoles la paz con Dios. Continua y regularmente se observaba -y se observa- la Cena, la Eucaristía.

En ella se representa plenamente el sacrificio de Cristo; y en ella se da a las personas la oportunidad, no sólo de darle gracias a Cristo por Su Sacrificio, hecho una vez por todas, sino también de apropiarse los beneficios y de recibir Su poder sanador. Eso sucedía en el tiempo de Juan. A la Mesa del Señor los creyentes se encontraban con Cristo y experimentaban Su perdón y la paz con Dios que Él traía. Y seguimos teniendo esa experiencia; y por tanto la fiesta es un testimonio continuo del poder reconciliador del Sacrificio de Jesucristo.

El Espíritu y el agua y la sangre se combinan para mostrar como el perfecto Mesías, el perfecto Hijo de Dios y el perfecto Salvador a este Hombre Jesús en Quien Dios Se nos ha manifestado. El don continuado del Espíritu, la continuada muerte y resurrección del Bautismo, la continuada disponibilidad del Sacrificio de la Cruz a la Mesa del Señor siguen siendo los testigos de Jesucristo.

Nota sobre 1 Juan 5:7

En la versión Reina-Valera hay un versículo que hemos omitido. Dice: «Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno.»

Las versiones modernas no incluyen este texto. Véase la nota de la versión Bover-Cantera. Es seguro que no formaba parte del texto original.

Los hechos son los siguientes. Primero, que no aparece en ninguno de los manuscritos griegos anteriores al siglo XIV. Los manuscritos clave pertenecen a los siglos III y IV, y este versículo no aparece en ninguno de ellos. Ninguno de los primeros padres de la Iglesia dio señales de conocerlo. La versión original de la Vulgata de Jerónimo no lo incluye. La primera persona que lo cita es el hereje español Prisciliano, que murió en el año 385 d.C. Después se fue introduciendo gradualmente en el texto latino del Nuevo Testamento, aunque, como hemos visto, no aparece en los manuscritos griegos.

Entonces, ¿cómo llegó a formar parte del texto? En su origen debe de haber sido una glosa o comentario que un copista añadió al margen, y el siguiente pensó que estaba allí porque se había omitido involuntariamente. Como parecía ofrecer una buena base para la doctrina de la Trinidad, con el tiempo llegó a ser aceptado por los teólogos como parte del texto, especialmente en aquellos días tempranos de la investigación bíblica anterior al descubrimiento de los grandes manuscritos.

Pero, ¿cómo se mantuvo y llegó a formar parte de la Reina-Valera y otras traducciones clásicas como la Autorizada inglesa? El primer texto del Nuevo Testamento griego que se publicó fue el de Erasmo, en 1514, aunque el de la Biblia Políglota Complutense del cardenal Cisneros se imprimió antes, pero no salió al público hasta después. Erasmo fue un gran erudito; y, sabiendo que este versículo no formaba parte del texto original, no lo incluyó en su primera edición. Pero para entonces, sin embargo, los teólogos ya estaban usándolo. Se había incluido, por ejemplo, en la Vulgata Latina de 1514. A Erasmo se le criticó por omitirlo. Su respuesta fue que si se le mostraba algún manuscrito griego que lo incluyera, lo imprimiría en la edición siguiente. Alguien le mostró un texto muy tardío y deficiente en el que el versículo aparecía en griego; y Erasmo, fiel a su palabra pero muy en contra de su juicio y voluntad, imprimió el versículo en su edición de 1522.

El paso siguiente fue que en 1550 Stephanus imprimió su gran edición del Nuevo Testamento griego. Esta edición de Stephanus se llamó, mejor dicho, él mismo le dio el nombre de *Textus receptus*, texto tradicional, que fue la base de la Biblia del Oso y de tantas otras traducciones clásicas y del texto griego durante siglos. Así es como este versículo llegó a la Reina-Valera. Por supuesto que no hay nada en él que esté mal, pero la investigación moderna ha dejado bien claro que Juan no fue el que lo escribió, y que es un comentario muy posterior y una añadidura a sus palabras. Y por eso la mayor parte de las traducciones modernas lo omiten.

EL TESTIMONIO DE MAYOR EXCEPCIÓN

1 Juan 5:9s

Si aceptamos el testimonio de los hombres, con mucha más razón el testimonio de Dios. Y este es el testimonio de Dios acerca de Su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios tiene ese testimonio dentro de sí. El que no cree a Dios, Le ha dejado por mentiroso, porque no da crédito al testimonio que Dios ha dado de Su Hijo.

Hay dos ideas básicas por detrás de este pasaje.

Está la idea del Antiguo Testamento de lo que constituye un testimonio aceptable. La Ley era absolutamente clara: < No se tendrá en cuenta a un solo testigo contra alguien en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquier ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se tendrá en cuenta la acusación» (*Deuteronomio 19:15; cp. 17:6*). Un triple testimonio humano era suficiente para establecer cualquier hecho. ¡Cuánto más se debe considerar convincente el triple testimonio divino, el del Espíritu, el agua y la sangre!

Segundo, la idea del testimonio es una parte esencial del pensamiento de Juan. Encontramos en su evangelio diferentes testimonios que convergen en la Persona de Jesucristo. Juan el Bautista es un testigo de Jesús (*Juan 1:15, 32-34; 5:33*). Las obras de Jesús son un testimonio de Él (*Juan 5:36*). Las Escrituras dan testimonio de Él (*Juan 5:39*). El Padre Que Le envió es Su Testigo (*Juan 5:30-32, 37; 8:18*). El Espíritu es testigo de Jesús: «Cuando venga el Ayudador, al Que Yo os mandaré desde el Padre (Me refiero al Espíritu de la Verdad, Que procede del Padre), Él será Mi testigo» (*Juan 15:26*).

Juan pasa a usar una frase que es una de las favoritas de su evangelio. Habla de la persona que «cree en el Hijo de Dios.» Hay una amplia diferencia entre *creer a* una persona, y creer *en* ella. Si *creemos a* una persona, no hacemos más que aceptar como verdadero lo que esté diciendo en aquel momento. Si

creemos en una persona, la aceptamos totalmente con todo lo que representa con completa confianza. Estaríamos dispuestos, no sólo a confiar en lo que nos dice, sino también en ella. Creer en Jesucristo es mucho más que aceptar como cierto lo que Él nos dice. Es además entregarnos en Sus manos para toda la vida y la eternidad.

Cuando una persona hace eso, el Espíritu Santo testifica en su interior de que está haciendo lo que es correcto. Es el Espíritu Santo el que le da la convicción del valor supremo y definitivo de Jesucristo, y le asegura de que actúa rectamente al hacer este acto de entrega a Él. El que se niegue a hacerlo está rechazando los impulsos del Espíritu Santo en su corazón.

Si una persona se niega a aceptar la evidencia de otras que han experimentado lo que Cristo puede hacer, la evidencia de las obras de Cristo, de las Escrituras, del Espíritu Santo y de Dios mismo, en efecto está llamando mentiroso a Dios, lo cual es el colmo de la blasfemia.

LA ESENCIA DE LA FE

1 Juan 5:11-13

Y este es el testimonio: Que Dios nos ha dado la vida eterna, la cual está en Su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo, no tiene la vida.

Os he escrito estas cosas a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios para que sepáis que tenéis la vida eterna.

Con este párrafo llega a su fin la carta propiamente dicha. Lo que sigue es más bien una posdata. El final es la afirmación de que la esencia de la vida cristiana es *la vida eterna*.

La palabra para *eterna* es *aiónios*. Quiere decir mucho más que simplemente que no se acaba nunca. Una vida que durara para siempre, que no tuviera fin, podría considerarse una

maldición y no una bendición, una carga intolerable y no un regalo maravilloso. Hay solamente Uno a Quien se puede aplicar adecuadamente *aiónios*, y es Dios. En el verdadero sentido de la palabra, Dios es el único que posee y habita la eternidad. La *vida eterna* no es otra cosa que *la vida de Dios mismo*. Lo que se nos promete es que aquí y ahora se nos puede conceder participar de la misma vida de Dios.

En Dios hay *paz*, y por tanto *la vida eterna* quiere decir *serenidad*. Quiere decir una vida liberada de los temores que asedian la situación humana. En Dios hay *poder*, y por tanto *la vida eterna* quiere decir *la derrota de la frustración*. Quiere decir una vida llena del poder de Dios, y por tanto victoriosa sobre las circunstancias. En Dios hay *santidad*, y por tanto *la vida eterna* quiere decir *la derrota del pecado*. Quiere decir una vida revestida de la pureza de Dios e impenetrable a las infecciones contaminantes del mundo. En Dios hay *amor*, y por tanto *la vida eterna* quiere decir *el final del rencor, la amargura y el odio*. Quiere decir una vida que tiene en el corazón el amor de Dios, y el invencible amor del hombre en todos sus sentimientos y en todas sus acciones. En Dios hay *vida*, y por tanto *la vida eterna* quiere decir *la derrota de la muerte*. Quiere decir una vida que es indestructible porque tiene en sí la indestructibilidad de Dios mismo.

Juan está convencido de que tal vida nos viene por medio de Jesucristo y no de ninguna otra manera. ¿Por qué había de ser así? Si la vida eterna es la vida de Dios, quiere decir que podemos poseer esa vida sólo cuando conocemos a Dios y somos capacitados para acceder a Él y descansar en Él. Podemos hacer estas dos cosas solamente en Jesucristo. El Hijo es el único que conoce plenamente al Padre; y por tanto es el único que puede revelarnos plenamente cómo es Dios. Como decía Juan en su evangelio: <Nadie ha visto nunca a Dios. Es el único, Que es Dios, Que está en el seno del Padre, Quien nos lo ha dicho todo acerca de Dios> (*Juan 1:18*). Y Jesucristo es el único Que nos puede traer a Dios. Es en Él en Quien se nos abre el camino nuevo y vivo a la presencia de Dios (*Hebreos*

10:19-23). Podemos usar una analogía sencilla. Si queremos llegar a alguien a quien no conocemos, y que se mueve en un nivel totalmente diferente del nuestro, podemos conseguirlo solamente si encontramos a alguien que le conozca y esté dispuesto a presentárnosle. Eso es lo que Jesús hace por nosotros en relación con Dios. La vida eterna es la vida de Dios, y sólo podemos encontrarla por medio de Jesucristo.

LA BASE Y EL PRINCIPIO DE LA ORACIÓN

1 Juan 5:14s

Y esta es la confianza que tenemos en relación con Él: Que, si pedimos alguna cosa que esté de acuerdo con Su voluntad, Él nos oye; y, si sabemos que Él nos oye en lo que Le hayamos pedido, sabemos que disponemos de las peticiones que Le hayamos hecho.

Aquí se nos establecen al mismo tiempo la base y el principio de la oración.

(i) *La base de la oración* es el simple hecho de que Dios escucha nuestras oraciones. La palabra que usa Juan para *confianza* es interesante. Es *parrésia*. En su origen, *parrésia* quería decir *libertad de palabra*, la libertad para hablar libremente que existe en una verdadera democracia. Más tarde vino a denotar cualquier clase de confianza. Con Dios tenemos libertad para hablar; Él está siempre a la escucha, más dispuesto a oír de lo que nosotros estamos a orar. No tenemos que vencer ninguna dificultad para llegarnos a Su presencia, ni que inducirle a prestarnos atención. Él está esperando que nos dirijamos a El. Sabemos lo que es a veces estar esperando la llegada del cartero o la llamada de teléfono que nos traiga noticias de algún ser amado. Con toda reverencia podemos decir que así está Dios esperando noticias nuestras.

(ii) *El principio* de la oración es que para que sea contestada debe estar *de acuerdo con la voluntad de Dios*. Tres veces establece Juan en sus escritos lo que podría llamarse las condiciones de la oración. (a) Dice que *la obediencia* es una condición de la oración. Recibimos lo que pidamos, porque guardamos Sus mandamientos (1 Juan 3:22). (b) Dice que *permanecer en Cristo* es una condición de la oración. Si habitamos en Él, y Sus palabras habitan en nosotros, pediremos lo que necesitemos, y se nos concederá (Juan 1 S: 7). Cuanto más cerca vivamos de Cristo, más oraremos como es debido. Y cuanto más correctamente oremos, mayor será la respuesta que recibamos. (c) Dice que *orar en Su nombre* es una condición de la oración. Si pedimos alguna cosa en Su nombre, Él la hará (Juan 14:14). La prueba definitiva de cualquier petición es: ¿Podemos decirle a Jesús: «Dame esto por causa de Ti y en Tu nombre?»

La oración debe ser *de acuerdo con la voluntad de Dios*. Jesús nos enseña a pedir: «Hágase Tu voluntad,» y no: «Cámbiese Tu voluntad;» «Haz conmigo lo que Tú quieras,» y no lo que yo quiero. Jesús mismo, en el momento de Su gran agonía y crisis, oro: «No como Yo quiero, sino lo que Tú... Hágase Tu voluntad» (Mateo 26:39, 42). Aquí tenemos la misma esencia de la oración. C. H. Dodd escribe: «La oración, entendida como es debido, no es un truco para emplear los recursos de la Omnipotencia para cumplir nuestros propios deseos, sino un medio por el cual nuestros deseos se reciclen de acuerdo con la mente de Dios, y lleguen a ser canales para las fuerzas de Su voluntad.» A. E. Brooke sugiere que Juan pensaba en la oración como «incluyendo solamente peticiones para el conocimiento y la conformidad con la voluntad de Dios.» Hasta los grandes paganos lo entendían así. Escribía Epicteto: «Ten valor para elevar la vista hacia Dios y decirle: "Trátame como Tú quieras desde ahora en adelante. Yo soy uno contigo; soy Tuyo; no me aparto de nada que Tú consideres bueno. Guíame por donde Tú quieras; vísteme como Tú quieras. ¿Quieres que asuma un cargo, o que lo rechace, que

permanezca o que huya, que sea rico o pobre? Por todo esto yo estaré de Tu parte ante todo el mundo"»

Aquí hay algo que debemos meditar y asumir. Somos propensos a creer que la oración es pedirle a Dios lo que queramos, cuando la verdadera oración es pedirle lo que Él quiera. La oración es, no sólo hablar con Dios; sino, sobre todo, escucharle.

ORANDO POR EL HERMANO QUE PECA

1 Juan 5:16s

Si alguien ve cometer a su hermano un pecado que no es de los que conducen a la muerte, que pida vida para él, y se le concederá; me refiero a los que cometen un pecado que no es de los que conducen a la muerte.

Hay pecados que conducen a la muerte; no es por esos por los que os decía que se debe pedir. Toda maldad es pecado; pero hay pecados que no conducen a la muerte.

Sin duda este es uno de los pasajes más difíciles e inquietantes. Antes de enfrentarnos con sus problemas, consideremos sus certezas.

Juan acaba de hablar acerca del privilegio cristiano de la oración; y ahora pasa a referirse específicamente a la oración por el hermano que necesita que se ore por él. Es muy significativo que, cuando Juan habla acerca de una clase de oración, no es la oración por nosotros mismos, sino por otros. Nuestra oración no debe ser nunca egoísta; no debe concentrarse exclusivamente en nosotros mismos y nuestros problemas y necesidades. Debe ser una actividad hacia fuera de nosotros. Como decía Westcott: < La meta de la oración es la perfección de todo el Cuerpo de Cristo. »

Una y otra vez hacen hincapié los autores del Nuevo Testamento en la necesidad de esta oración de intercesión. Pablo escribe a los tesalonicenses: < Hermanos, orad por

nosotros » (1 *Tesalonicenses* 5:25). El autor de *Hebreos* dice: < Orad por nosotros » (*Hebreos* 13:18s). Santiago dice que, si alguien está enfermo, debe llamar a los ancianos para que oren por él (*Santiago* 5:14). El consejo de Pablo a Timoteo es que se haga oración por todo el mundo (1 *Timoteo* 2:1). El cristiano tiene el tremendo privilegio de llevar a su hermano al trono de la gracia. Hay tres cosas que decir sobre esto.

(i) Naturalmente que debemos orar por los que están enfermos, e igualmente por los que se apartan de Dios. Debería ser lo mismo de natural el orar por la sanidad de las almas como lo es por la sanidad de los cuerpos. Puede ser que no haya nada más grande que podamos hacer por la persona que se descarna y que está en peligro de naufragar en su vida espiritual que encomendarla a la gracia de Dios.

(ii) Pero hay que tener presente que, cuando hemos orado por la persona, ahí no termina nuestra responsabilidad. En esto, como en todas las demás cosas, nuestra primera responsabilidad es buscar la manera de que nuestras oraciones se hagan realidad. A menudo será nuestro deber hablar con la persona. No debemos conformarnos con hablarle a Dios acerca de ella, sino también con ella acerca de sí misma. Dios necesita un canal por el que pueda fluir Su gracia y un agente mediante el cual actuar; y bien puede ser que hayamos de ser Su voz e instrumento en ese caso.

(iii) Ya hemos pensado antes sobre la base y el principio de la oración; pero aquí nos encontramos con una limitación de la oración. Bien puede ser que Dios quiera contestar nuestra oración; bien puede ser que oremos con toda la sinceridad de nuestro corazón, pero el propósito de Dios y nuestra oración los puede frustrar la persona por la que oramos. Si oramos por un enfermo que desobedece a sus médicos y actúa estúpidamente, nuestra oración se frustrará. Puede que Dios impulse, insista, advierta, ofrezca; pero ni siquiera Dios puede violar la libertad de acción que Él mismo nos ha dado a todos. Es a menudo la insensatez de la persona la que frustra nuestras oraciones y cancela la gracia de Dios.

EL PECADO QUE CONDUCE A LA MUERTE

1 Juan 5:16s (continuación)

En este pasaje se nos habla del pecado que conduce a la muerte y del que no. Algunas traducciones, entre ellas la Autorizada inglesa, lo traducen por el pecado < mortal ». La Reina-Valera lo llama < pecado de muerte. »

Se han hecho muchas sugerencias sobre lo que quiere decir. Los judíos distinguían dos clases de pecados. Había pecados que una persona cometía involuntariamente o, por lo menos, no deliberadamente. Estos eran los pecados que se podían cometer por ignorancia, o dominados por algún impulso arrollador, o en algún momento de intensa emoción en que las pasiones son demasiado fuertes para que las sujete la voluntad en la trailla. Por otra parte estaban los pecados de la mano levantada y el corazón soberbio, los pecados que uno cometía deliberadamente, en los que seguía su propio camino sabiendo que era contrario al de Dios. Era por la primera clase de pecados por los que el sacrificio hacía expiación; pero por los pecados del corazón soberbio y de la mano alzada no se podía hacer expiación de ninguna manera.

Plummer recoge tres sugerencias. (i) Los pecados de muerte puede que sean pecados que *se castigan* con la muerte. Pero está claro que este pasaje no está considerando los pecados que son una infracción de leyes hechas por los hombres, por muy serios que sean. (ii) Los pecados de muerte puede que sean pecados que Dios visita con la muerte. Pablo escribe a los corintios que, a causa de su conducta indigna a la Mesa del Señor, hay muchos entre ellos enfermos y muchos que han dormido, es decir, que han muerto (1 Corintios 11:30); y se sugiere que se refiere a los pecados que son tan serios que Dios envía la muerte. (iii) Los pecados de muerte puede que sean los que se castigan con la excomunión de la Iglesia.

Cuando Pablo escribe a los corintios acerca de un pecador notorio al que no han tratado adecuadamente, demanda que sea

< entregado a Satanás. » Esa era la fórmula de la excomunión. Pero Pablo pasa a decir que, aunque este castigo es muy severo y doloroso, y aunque sus consecuencias pueden ser temibles, lo que se desea es salvar el alma de la persona en el Día del Señor Jesús (1 Corintios 5:5). Es un castigo que no acaba en muerte. Ninguna de estas explicaciones nos satisface del todo.

Hay otras tres sugerencias para la identificación de este pecado de muerte.

(a) Hay una línea de pensamiento en el Nuevo Testamento que apunta al hecho de que algunos mantenían que no había perdón para el pecado después del bautismo. Creían que el Bautismo limpiaba de todos los pecados pasados, pero que después del Bautismo ya no se perdonaban más. Hay un eco de esa línea de pensamiento, o su causa, en *Hebreos*: < Es imposible restaurar otra vez mediante arrepentimiento a los que ya han sido iluminados, que han saboreado el don celestial y han llegado a entrar en la comunión del Espíritu Santo, y han saboreado la dulzura de la Palabra de Dios y los poderes de la edad por venir, si entonces cometen apostasía » (*Hebreos* 6:4-6). En la terminología cristiana original *el ser iluminado* se usaba frecuentemente como un término técnico para *ser bautizado*. Era de hecho esa creencia lo que hacía que muchos pospusieran su bautismo lo más posible. Pero la esencia de esa afirmación de *Hebreos* es que la restauración se hace imposible cuando se hace imposible el arrepentimiento. No se refiere tanto al Bautismo como al arrepentimiento. Más tarde, en la Iglesia Primitiva, hubo una línea fuerte de pensamiento que declaraba que la apostasía no se perdonaba nunca. En los días de las grandes persecuciones, algunos decían que los que por miedo o bajo tortura habían negado su fe no podían ser restaurados, porque Jesús había dicho: < Al que Me niegue ante los hombres, Yo también le negaré ante Mi Padre Que está en el Cielo » (*Mateo* 10:33; cp. *Marcos* 8:38; *Lucas* 9:26). Pero se debe recordar siempre que el Nuevo Testamento cuenta la terrible negación de Pedro, y su total restauración. Como sucede a menudo, Jesús era más benigno que Su Iglesia.

(c) Se podría argüir sobre la base de esta misma carta de Juan que el más terrible de todos los pecados era la negación de que Jesús vino realmente en la carne; porque ese pecado era nada menos que la marca del Anticristo (1 Juan 4:3). Si el pecado de muerte se ha de identificar con cualquier pecado concreto, sería con ese. Pero creemos que se trata de algo todavía más grave que eso.

LA ESENCIA DEL PECADO

1 Juan 5:16s (conclusión)

En primer lugar, tratemos de fijar más exactamente el sentido del *pecado de muerte*. En griego se dice que es el pecado *pros thánaton*. Eso quiere decir *el pecado que va hacia la muerte*, el pecado cuyo fin es la muerte, el pecado que, si se continúa en él, debe acabar en muerte. Lo terrible de él no es tanto lo que es en sí mismo sino dónde termina si uno persiste en él.

Es un hecho de experiencia que hay dos clases de pecadores. Por una parte está la persona que se puede decir que peca contra su voluntad; peca porque es arrastrada por la pasión o el deseo, que en ese momento son demasiado fuertes para ella. Su pecado no es tanto cuestión de elección como de impulso irresistible. Por otra parte está la persona que peca deliberadamente, siguiendo a propósito su propio camino, aunque plenamente consciente de que es equivocado.

Ahora bien, estas dos personas fueron iguales en un principio. Es la experiencia de todos nosotros que la primera vez que se hace algo malo se hace con retraimiento y temor; y, después de haberlo hecho, se siente dolor y remordimiento y pesar. Pero, si se permite una y otra vez coquetear con la tentación y caer, en cada ocasión el pecado se hace más fácil; y, si cree evitar las consecuencias, en cada ocasión el disgusto y el remordimiento y el arrepentimiento se hacen cada vez

menores; y por último se alcanza un estado en el que se puede pecar sin ningún temor. Es precisamente ese el pecado que conduce a la muerte. Mientras una persona, en lo más íntimo de su corazón, aborrezca el pecado y se aborrezca a sí misma por caer en él; mientras se dé cuenta de que está pecando, no se encuentra demasiado lejos del arrepentimiento; y, por tanto, nunca está fuera de la esfera del perdón; pero una vez que empieza a complacerse en el pecado y a considerarlo el curso de acción de su vida, va de camino a la muerte, porque se dirige a un estado en el que la idea del arrepentimiento no puede entrar en sus cálculos.

El pecado de muerte es el estado de la persona que ha escuchado el pecado y se ha negado a escuchar a Dios tan a menudo que ama su pecado y lo considera la cosa más normal y agradable del mundo.

LA TRIPLE CERTEZA

1 Juan 5:18-20

Sabemos que el que ha recibido su nacimiento de Dios no peca, sino que Aquel Cuyo nacimiento fue de Dios le guarda, y el Maligno no le puede tocar.

Sabemos que es de Dios de Quien recibimos nuestro ser, y todo el mundo yace bajo el dominio del Maligno.

Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado discernimiento para llegar a conocer al Verdadero; y estamos en el Verdadero por medio de Su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y esta es la Vida Eterna.

Juan se acerca al final de su carta con una afirmación de la triple certeza cristiana.

(i) El cristiano está emancipado del poder del pecado. Debemos poner interés para ver lo que esto significa. No

quiere decir que el cristiano no peque nunca; pero sí quiere decir que no es un esclavo del pecado. Como lo expresa Plummer: «Un hijo de Dios puede que peque, pero su condición normal es resistir al mal.» La diferencia estriba en esto: El mundo pagano era consciente por encima de todo de su derrota moral. Conocía su propio mal, y tenía el sentimiento de que no tenía remedio. Séneca hablaba de «nuestra debilidad en las cosas necesarias.» Decía que las personas «odiaban sus pecados, pero no podían desprenderse de ellos.» Persio, el satírico latino, en una famosa descripción hablaba del « asqueroso Natta, un hombre sentenciado a muerte en el vicio, que no tiene sentimiento de pecado, ni conocimiento de lo que se está perdiendo; que está tan hundido que ya no lanza ni pompas a la superficie.» El mundo pagano estaba completamente derrotado por el pecado.

Pero el cristiano es una persona que nunca puede perder la batalla. Porque es un ser humano, cae en pecado a veces; pero no podrá nunca experimentar la derrota moral total del pagano. La razón de que el cristiano sea invencible está en que *Aquel Cuyo nacimiento fue de Dios* le guarda. Es decir, Jesús le guarda. Como lo expresaba Westcott: « El cristiano tiene un enemigo activo, pero tiene también un guardián vigilante.» El pagano es un hombre que ha sido derrotado por el pecado y ha aceptado la derrota; el cristiano es un hombre que puede que peque, pero nunca acepta el hecho de la derrota. «Un santo -ha dicho alguien- no es el que nunca tiene una caída; sino el que, cada vez que cae, se levanta y prosigue su camino hacia adelante.»

(ii) El cristiano está de parte de Dios frente al mundo. La fuente de nuestro ser es Dios, pero el mundo yace bajo el poder del Maligno. En los primeros días, la escisión entre la Iglesia y el mundo era mucho más clara de lo que lo es ahora. Por lo menos en el mundo occidental vivimos en una civilización impregnada de principios cristianos. Aunque no se practiquen, por lo menos se aceptan los ideales de castidad, misericordia, servicio y amor. Pero el mundo antiguo no sabía

nada de la castidad, y poco de la misericordia y del servicio y del amor. Juan dice que el cristiano sabe que está con Dios, mientras que el mundo está en las garras del Maligno. No importa lo que haya podido cambiar la situación; la elección sigue presentándose a las personas sobre si se alinearán con Dios o con las fuerzas que están en contra de Dios.

(iii) El cristiano se da cuenta de que ha entrado en la Realidad que es Dios. La vida está llena de ilusiones y de inestabilidades; por sí mismo, el hombre no puede hacer más que suponer; pero en Cristo tiene acceso al conocimiento de la Realidad. Jenofonte cuenta una conversación entre Sócrates y un joven: «¿Cómo sabes tú eso? -dice Sócrates-. ¿Lo sabes o te lo figuras?» «Lo supongo.» «Muy bien -dice Sócrates-. Cuando hayamos pasado del suponer al saber, ¿quieres que volvamos a hablar del asunto?» «¿Quién soy yo? ¿Qué es la vida? ¿Qué es Dios? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy? ¿Qué es la verdad y dónde está el deber? Estas son las preguntas a las que no se puede contestar nada más que con suposiciones aparte de Jesucristo; pero en Él alcanzamos la Realidad que es Dios. Ha pasado el tiempo de suponer y ha llegado el tiempo de saber.

EL PELIGRO CONTINUO

1 Juan 5:21

Hijos, guardaos de los ídolos.

Con esta repentina y aguda advertencia, Juan pone el punto final a su carta. Aunque es breve, hay un mundo de sentido en esta frase.

(i) En griego la palabra *ídolo* conlleva una sensación de irrealidad. Platón la usaba para las ilusiones de este mundo como opuestas a las realidades inmutables de la eternidad. Cuando los profetas del Antiguo Testamento hablaban de los

ídolos de los paganos querían decir que eran falsos dioses, opuestos al único y verdadero Dios. A esto bien puede querer decir, como lo entendía Westcott: «Guardaos de todos los objetos de falsa devoción.»

(ii) Un ídolo es cualquier cosa de este mundo que se trata como si fuera Dios. Uno puede hacer un ídolo de su dinero, de su carrera, de su seguridad, de su placer. Para citar a Westcott otra vez: « Un ídolo es cualquier cosa que ocupa el lugar que Le es debido a Dios.»

(iii) Es probable que Juan quiera decir algo más concreto. Era en Éfeso donde estaba escribiendo, y estaría pensando en las condiciones de Éfeso. Es probable que quiera decir sencilla y claramente: «Guardaos de las contaminaciones del culto pagano.» No había otra ciudad en el mundo antiguo que tuviera tantas vinculaciones con las historias de los dioses paganos, ni que estuviera tan orgullosa de ellos. Tácito escribía acerca de Efeso: «Los efesios pretenden que Diana y Apolo no habían nacido en Delos como se suponía corrientemente. Tenían la corriente Cencrea y la gruta Ortigia en la que Latona, estando de parto, se había apoyado en un olivo que hay allí, y había dado a luz a estas deidades... Fue allí donde el mismo Apolo, después de matar al Cíclope, había escapado de la ira de Júpiter; y también donde el padre Baco, después de su victoria, les había perdonado la vida a las suplicantes amazonas que habían ocupado su altar.»

Además, estaba en Éfeso el gran templo de Diana, una de las maravillas del mundo antiguo. Había por lo menos tres cosas en relación con el templo que justificarían la seria advertencia de Juan sobre el peligro de la idolatría.

(a) El templo era el centro de ritos inmorales. Los sacerdotes recibían el nombre de *Magabyzi*. Eran eunucos. Se decía que la diosa era tan caprichosa que no podía soportar a ningún macho cerca; otros decían que era tan lasciva que les era peligroso a los varones acercarse a ella. El gran filósofo Heráclito era natural de Éfeso. Le llamaban «el filósofo llorón,» porque no se le había visto nunca sonreír. Decía que la

oscuridad del acceso al altar del templo era la oscuridad de la vileza; que la moral del templo era peor que la de las bestias; que los habitantes de Éfeso no merecían más que ahogarse, y que la razón de que no pudiera ni sonreír era que vivía en medio de una sociedad tan terrible. Para un cristiano, el tener cualquier contacto con todo eso era tocar la infección.

(b) El templo tenía el derecho de asilo. Cualquier criminal que llegara a su término estaba a salvo. El resultado era que era la guarida de muchos criminales. Tácito acusaba a Éfeso de proteger los crímenes de los hombres llamándolos el culto de la diosa. El tener algo que ver con el templo de Diana era estar asociado con los desechos de la sociedad.

(c) El templo de Diana era el centro de la venta de las cartas efesias, que eran fetiches que se llevaban como amuletos, y que se suponía que hacían que se cumplieran los deseos de los que los llevaban. Éfeso era «preeminentemente la ciudad de la astrología, la brujería, los encantamientos, los exorcismos y todas las demás formas de falsedades mágicas.» El tener algo que ver con el templo de Diana era estar en contacto con la superstición comercializada y con las negras artes.

Nos es difícil figurarnos hasta qué punto estaba Éfeso dominado por el templo de Diana. No le sería fácil a un cristiano guardarse de los ídolos en una ciudad así, pero Juan demanda que se cumpla. El cristiano no debe nunca perderse en las ilusiones de la religión pagana. No debe nunca erigir un altar en su corazón a un ídolo para que tome el lugar de Dios; debe guardarse del contagio de las falsas creencias; y únicamente lo podrá hacer caminando con Cristo.

INTRODUCCIÓN A LAS CARTAS SEGUNDA Y TERCERA DE JUAN

La misma brevedad de estas dos cartas es la mejor garantía de su autenticidad. Son tan cortas y comparativamente sin importancia que nadie se habría metido en problemas para inventarlas ni para atribuírselas a Juan. Una hoja corriente de papiro mediría unos 30 por 20 centímetros, lo suficiente para escribir cada una de estas cartas.

EL ANCIANO

Cada una de ellas dice venir del < Anciano » . Segunda *de Juan* empieza: < Del Anciano, a la Señora Elegida y a sus hijos. » *Tercera de Juan* empieza: < Del anciano, al querido Gayo. > Es lo menos probable que *el anciano* sea un título eclesiástico u oficial. Los ancianos eran los responsables de una congregación, y su jurisdicción no se extendía fuera de ella, mientras que el autor de estas cartas da por sentado que tiene, derecho a hablar, y que su palabra será aceptada en congregaciones en las que no está presente. Habla como quien tiene autoridad en la Iglesia universal. La palabra original es *presbyteros*, que quería decir en su origen *anciano*, no en el sentido eclesiástico, sino en el sentido natural de la edad. No es de su posición en la Iglesia sino de su edad y cualidades personales de las que el autor de esta carta deriva su autoridad.

De hecho sabemos que en Éfeso había un anciano llamado Juan que tenía una posición muy especial. En los días de la

Iglesia Primitiva hubo un eclesiástico llamado Papías que vivió entre los años 70 y 146 d.C. Estaba especialmente interesado en recoger toda la información que pudiera encontrar acerca de los primeros días de la Iglesia. No era un gran investigador. Eusebio le despacha como «un hombre de inteligencia muy limitada;» pero nos transmite alguna información de lo más interesante. Llegó a ser obispo de Hierápolis, pero mantuvo una relación estrecha con Éfeso, y nos habla de sus propios métodos para adquirir información. Usa frecuentemente la palabra anciano refiriéndose a los primeros padres de la Iglesia, y menciona a un anciano especialmente distinguido que se llamaba Juan. «No dudaré -escribe- en tomar nota para vosotros, juntamente con mis propias interpretaciones, de cualesquiera cosas que haya aprendido alguna vez con todo cuidado de los ancianos, y recordado cuidadosamente para garantizar su verdad. Porque yo no me complacía, como la mayoría, en los que hablan mucho, sino en los que enseñan la verdad; no en los que relatan mandamientos extraños, sino en los que transmiten los mandamientos dados por el Señor en relación con la fe, y que surgen de la verdad misma. Así que, si llegaba alguien que había sido seguidor de los ancianos, yo le preguntaba acerca de las palabras de los ancianos -lo que habían dicho Andrés o Pedro, o Felipe o Tomás o Santiago o Juan o Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor; y las cosas que decían Aristión o el anciano Juan. Porque yo no creía que lo que se obtiene de los libros me aprovecharía tanto como lo que provenía de la voz viva y permanente.» Está claro que el anciano Juan era una figura notable en Éfeso, aunque se le distingue claramente del apóstol Juan.

Debe de haber sido este Juan el que escribió estas dos breves cartas. Para entonces era un hombre muy mayor, uno de los últimos nexos que quedaban con Jesús y Sus discípulos. Era un hombre que tenía autoridad de obispo en Éfeso y en su comarca; y, cuando vio que la Iglesia estaba amenazada por problemas y herejías, escribió con corrección generosa y amorosa a su pueblo. Aquí tenemos dos cartas de un santo

anciano, uno de los últimos supervivientes de la primera generación de cristianos, un hombre a quien todos amaban y respetaban.

COMUNIDAD DE AUTOR

No cabe duda de que las dos cartas proceden de la misma mano. Aunque son breves, tienen mucho en común. -Segunda de Juan empieza: «Del Anciano, a la Señora Elegida y a sus hijos, a los que amo en la verdad.» Tercera de Juan empieza: «Del Anciano, al querido Gayo, al que amo en la verdad.» Segunda de Juan prosigue: «Me produce una alegría inmensa comprobar que algunos de tus hijos siguen la verdad» (versículo 4); y Tercera de Juan prosigue: « No hay para mí mayor alegría que oír que mis hijos siguen la verdad» (4). Segunda de Juan termina: «Aunque tengo mucho de -que escribirte, prefiero no usar papel y tinta, porque espero ir a verte y hablar contigo cara a cara, lo que completaría nuestra alegría» (versículo 12). Tercera de Juan acaba: «Tenía mucho que escribirte, pero prefiero no escribirte con pluma y tinta; espero verte pronto para que hablemos cara a cara» (13s). Existe la mayor semejanza posible entre las dos cartas.

Además existe la conexión más estrecha imaginable entre la situación de estas cartas y la de Primera de Juan. En 1 Juan 4:3 leemos: «Todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios. Este es el espíritu del Anticristo, del que ya habéis oído que estaba viniendo, y ahora ya está en el mundo.» En 2 Juan 7 leemos: «Muchos engañadores han salido por el mundo, hombres que no quieren reconocer la venida de Jesucristo en la carne; los tales son engañadores y el Anticristo.»

Está claro que Segunda y Tercera de Juan están íntimamente relacionadas entre sí; y ambas están íntimamente relacionadas con Primera de Juan. Tratan de la misma situación, los mismos peligros y las mismas personas.

EL PROBLEMA DE LA SEGUNDA CARTA

Estas dos cartitas nos presentan unos pocos problemas. El único real es decidir si la Segunda Carta iba dirigida a una persona o a una iglesia. Empieza: < Del Anciano, a la Señora Elegida y a sus hijos. » El problema se centra en la frase *la señora elegida*. En griego es *eklekté kyria*, que se puede entender de tres maneras.

(i) Es remotamente posible, aunque no probable, que *eklekté* sea un nombre propio, y que *kyria* sea una manera afectuosa de dirigirse a ella. *Kyrios* -la forma masculina- tiene muchos sentidos. El más corriente es *señor* como título de respeto; también quiere decir *amo o dueño*, de esclavos o posesiones; en un nivel mucho más alto quiere decir *Señor*, y es la palabra que se usa para traducir el tetragrámaton Jehová del Antiguo Testamento o refiriéndose a Jesús. En las cartas *kyrios* tiene un uso especial. Es prácticamente el equivalente del castellano *querido*. Así, por ejemplo, un soldado le escribe a su padre llamándole *Kyrie mu patér*, *Mi querido padre*. Es una palabra que combina el afecto y el respeto. Así es que es posible que esta carta fuera dirigida a *Mi querida Eklekté*. Rendel Harris llegó a decir que *Segunda de Juan* no es otra cosa que una carta cristiana de amor. Esto no es probable, como veremos, por más de una razón. Pero hay algo claramente en contra. *Segunda de Juan* termina: < Los hijos de tu hermana elegida te saludan. » En griego aparece de nuevo *eklekté*; y, si es un nombre propio al principio de la carta, también lo será al final. Eso querría decir que había dos hermanas con el mismo extraño nombre de *Eklekté* -lo cual es sencillamente increíble.

(ii) También es posible tomar *Kyria* como nombre propio, porque hay ejemplos de este uso. En tal caso tomaríamos *eklekté* en su sentido normal en el Nuevo Testamento, y la carta se habría dirigido a *la elegida Kyria*. Las objeciones son triples. (a) Parece improbable que se dirigiera la carta a una sola persona con la expresión *amada por todos los que han conocido la verdad* (versículo 1). (b) El versículo 4 dice que

Juan se regocijó cuando vio que algunos de los hijos de ella andaban en la verdad, lo que implicaría que otros no andaban en la verdad. Esto parece referirse a un número mayor del que podría contener la familia de una mujer. (c) La objeción definitiva es que en toda la carta el autor se dirige a *Eklekté Kyria* unas veces en singular y otras en plural. En singular aparece en los versículos 4, 5 y 13; y en plural en 6, 8, 10, 12. Es casi imposible el que se dirija uno a un individuo de esas dos maneras.

(iii) Así es que debemos llegar a la conclusión de que *la señora elegida* quiere decir *una iglesia*. Hay de hecho buena evidencia de que la expresión se usaba con ese sentido. 1 *Pedro*, en la Reina-Valera, termina con saludos de «la iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros» (1 *Pedro* 5:13). En la *Antigua versión*, las palabras *iglesia que está* aparecían así, en cursiva, para indicar que no estaban en el original y que se habían añadido para aclarar el sentido. El griego dice literalmente: < la elegida en Babilonia. » Pocos han puesto en duda que la frase quiere decir < la iglesia que está en Babilonia, » que es también como debemos tomarla en la carta de Juan. Sin duda el título de *La Señora Elegida* se remonta a la idea de la Iglesia como la Esposa de Cristo. Podemos estar seguros de que *Segunda de Juan* no se escribió a una persona, sino a una iglesia.

EL PROBLEMA DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Segunda y Tercera de Juan arrojan un haz de luz sobre el problema que más tarde o más temprano tenía que surgir en la organización de la Iglesia Primitiva. Veamos si podemos reconstruir la situación que hay detrás de ellas. Está claro que el Anciano Juan considera que tiene derecho a actuar como guía y consejero, y aportar advertencias y reprensiones en las iglesias cuyos miembros son sus hijos espirituales. En *Segunda de Juan* escribe a los que se están portando bien (versículo 4)

y, por implicación sugiere que hay otros que no están actuando de manera tan satisfactoria. Además, deja bien claro que hay maestros itinerantes en el distrito, algunos de los cuales van predicando doctrina falsa y peligrosa, y da órdenes para que los tales no sean aceptados (versículos 7-11). Así es que aquí Juan está ejerciendo lo que considera su derecho incuestionable a dar órdenes a sus iglesias, y está tratando de protegerlas frente a una situación en la que los maestros itinerantes de falsedad pueden llegar en cualquier momento.

La situación tras *Tercera de Juan* es algo más complicada. La carta va dirigida a un tal Gayo, cuyo carácter y acciones Juan aprueba totalmente (versículo 3-5). Habían venido a la iglesia unos misioneros ambulantes que eran colaboradores de la verdad, y Gayo les había ofrecido una hospitalidad cristiana auténtica (versículos 6-8). En la misma iglesia había otro hombre, Diótrefes, al que le encantaba ser el mandamás (versículo 9). Diótrefes se nos presenta como un dictador que no admite rivales. Se había negado a recibir a los maestros ambulantes de la verdad, y había tratado de echar de la iglesia a los que los recibían. No quería tener nada que ver con los maestros ambulantes, aunque fueran verdaderos predicadores de la Palabra (versículo 10). Entonces se introduce en escena un hombre llamado Demetrio, de quien Juan da un testimonio personal positivo, y al que hay que ofrecer hospitalidad (versículo 12). La explicación más sencilla de es que Demetrio debe de ser el líder de un grupo ambulante de maestros que van de camino a la iglesia a la que Juan está escribiendo. Diótrefes se negará a tener nada que ver con ellos, y tratará de echar a los que los reciban; y Juan está escribiendo a Gayo para exhortarle a que reciba a los maestros ambulantes, y no se deje intimidar por Diótrefes, con quien Juan tratará debidamente cuando visite la iglesia en cuestión (versículo 10). La situación se centra en torno a la recepción de los maestros ambulantes. Gayo ya los ha recibido antes, y Juan exhorta a recibirlos otra vez, así como a su líder Demetrio. Diótrefes les ha cerrado la puerta, y ha desafiado la autoridad del anciano Juan.

EL TRIPLE MINISTERIO

Todo esto parece una situación desafortunada, y lo era. Sin embargo, era inevitable que surgiera. Tal como son las cosas, era de esperar que surgiera en la Iglesia un problema de ministerios. En sus primeros días, la Iglesia tenía tres clases diferentes de ministros.

(i) Únicos, y por encima de todos los demás, estaban los *apóstoles*, los que habían formado parte de la compañía original de Jesús y sido testigos de Su Resurrección. Eran los líderes incuestionables de la Iglesia. Su autoridad abarcaba toda la Iglesia; en cualquier país y en cualquier congregación, su ministerio era supremo.

(ii) Estaban *los profetas*. No estaban adscritos a una congregación determinada. Eran predicadores ambulantes que iban adonde el Espíritu los movía, y daban en las iglesias el mensaje que el Espíritu de Dios les daba. Habían dejado hogar, ocupación, comodidad, seguridad de la vida sedentaria para ser los mensajeros ambulantes de Dios. Ellos también ocupaban un lugar muy especial en la Iglesia. *La Didajé*, o como se suele traducir en español *La Enseñanza de los Doce Apóstoles*, es el primer libro de orden eclesiástico que surgió hacia el año 100 d.C. En él queda bien clara la posición única de los profetas. Se establece el orden del culto de comunión, y se dan instrucciones acerca de sus partes. El culto acababa con una oración de acción de gracias que se da por escrito completa; y entonces viene la frase: < Pero dejad que los profetas den gracias todo lo que quieran > (*Didajé* 10:7). Los profetas no tenían que sujetarse a las reglas y normas que gobernaban a los demás ministros. Así que la Iglesia tenía dos clases de personas cuya autoridad no se limitaba a una sola congregación, y que tenían derecho de entrada en todas.

(iii) Estaban *los ancianos*. En su primer viaje misionero, parte de la labor de Pablo y Bernabé fue ordenar ancianos en todas las iglesias locales que habían fundado (*Hechos* 14:23). Los ancianos eran los responsables de las comunidades locales;

su cometido estaba circunscrito a sus congregaciones, y no se dedicaban a nada del exterior. Está claro que eran la espina dorsal de la organización de la Iglesia Original; de ellos dependía el trabajo regular, el funcionamiento y la solidez de las congregaciones locales.

EL PROBLEMA DE LOS PREDICADORES AMBULANTES

La posición de los apóstoles no, presentaba ningún problema real; eran únicos, y su posición no se podía poner en duda. Pero los profetas ambulantes presentaban un problema. Su posición era tal que se prestaba extraordinariamente al abuso. Tenían un prestigio enorme; y era posible que personajes indeseables se introdujeran en una manera de vivir en la que se movían de un lugar a otro viviendo con una comodidad considerable y a expensas de las congregaciones locales. Un pícaro astuto podía ganarse la vida muy cómodamente presentándose como profeta itinerante.

Hasta los satíricos paganos se dieron cuenta de la situación. El autor griego Luciano en su obra titulada *Peregrinus* traza el retrato de cierto tipo que había descubierto la manera más fácil de ganarse la vida sin trabajar. Era un charlatán itinerante que vivía a cuerpo de rey viajando y visitando las diversas comunidades de cristianos, deteniéndose donde le convenía y viviendo lujosamente a sus expensas.

La Didajé vio claramente este peligro, y estableció normas definidas para controlarlo. Estas normas son algo extensas, pero bien merece la pena citarlas textualmente, porque arrojan mucha luz sobre la vida y los problemas de la Iglesia Primitiva (*Didajé* 11 y 12).

Por tanto, al que venga a enseñaros todas las cosas mencionadas, recibidle. Pero si ese maestro se pone a enseñaros otra doctrina para pervertiros, no le escuchéis.

Eso sí: para crecer en integridad y conocimiento del Señor, recibidle como al Señor. Por lo que se refiere a los apóstoles y profetas, actuar conforme a las normas del Evangelio. Recibid a cada apóstol que llegue a vosotros como al Señor; y que esté con vosotros un día y, si fuere necesario, también el siguiente; pero si se queda tres días, es un falso profeta. Y cuando se vaya, que no se lleve nada más que pan hasta llegar a su siguiente destino; pero si pide dinero es un falso profeta. Y a todo profeta que hable en el Espíritu no trataréis de juzgarle: porque se puede perdonar cualquier pecado menos este. Pero no todo el que hable en el espíritu es un profeta, sino el que tenga las maneras del Señor. Por tanto, será por sus maneras por lo que se distinguirá al verdadero del falso profeta. Y ningún profeta que mande en el espíritu que se le ponga la mesa comerá de ella, porque en tal caso será un falso profeta. Y todo profeta que enseñe la verdad, si no actúa conforme a lo que enseña, es un falso profeta... Al que diga en el espíritu que se le dé dinero, o cualquier otra cosa, no le hagáis caso; pero si os dice que deis para otros que estén en necesidad, que nadie le juzgue.

Al que venga en el nombre del Señor, recibidle; y entonces, cuando le hayáis probado, sabréis, porque tendréis entendimiento para distinguir entre la mano derecha y la izquierda. Si el que llega es un peregrino, socorredle en la medida de vuestras fuerzas; pero no habrá de quedarse entre vosotros más de dos o tres días, a menos que su necesidad sea notoria. Pero, si tiene voluntad de quedarse entre vosotros, y es un artesano, que trabaje para comer. Y si no tiene oficio, seguid vuestra discreción para que no viva sin trabajar entre vosotros siendo cristiano. Y si no quiere, es que quiere vivir a costa de Cristo: ¡Guardaos de los tales!

La Didajé llega hasta a inventar la palabra *traficante en Cristo, Jristémporos*, para definir a tales personas.

Juan estaba totalmente justificado en advertir a su pueblo acerca de una clase falsa de profetas ambulantes que podrían llegarle reclamando hospitalidad, y en decirles que de ninguna manera habían de recibirlos. No cabe duda de que en la Iglesia primitiva estos profetas ambulantes se habían convertido en un problema. Algunos de ellos eran maestros heréticos, aunque estuvieran convencidos sinceramente de su propia enseñanza. Algunos no eran nada más que mangantes plausibles, que habían encontrado la manera de vivir cómodamente sin trabajar. Este es el trasfondo que se encuentra detrás de *Segunda de Juan*.

EL CHOQUE DE MINISTERIOS

Pero la situación tras *Tercera de Juan* es en cierto sentido todavía más seria. El personaje problema es Diótrefes. Es el hombre que no quiere tener nada que ver con los maestros ambulante, y que echa a todos los que se atreven a recibirlos y darles hospitalidad. Es el hombre que se niega a aceptar la autoridad de Juan, y a quien Juan acusa de dominante. Hay mucho más detrás de esto de lo que se ve a primera vista. Esto no era una tormenta en una taza de té; era una escisión fundamental entre el ministerio local y el itinerante.

Es obvio que la estructura total de la Iglesia dependía de un fuerte ministerio local. Es decir: su misma existencia dependía de un presbiterio fuerte y con autoridad. Conforme fue pasando el tiempo, el ministerio local estaba abocado a chocar con el control remoto hasta de alguien tan famoso como el anciano Juan, y a resentirse de las invasiones, posiblemente inquietantes, de los profetas y evangelistas ambulantes. No era ni mucho menos imposible que, por muy bien intencionados que fueran, estos itinerantes pudieran aportar más problemas que soluciones, más daño que bien.

Aquí tenemos la situación detrás de *Tercera de Juan*. Juan representa el viejo control remoto apostólico; Demetrio y su equipo de misioneros representan a los profetas y predicadores ambulantes; Diótrefes representa el ministerio local de los ancianos que querían dirigir sus congregaciones sin intromisiones, y que miraban con recelo a los predicadores ambulantes como metijones peligrosos; Gayo representa al hombre de buena intención que se encuentra desgarrado entre los dos, y no puede decidirse por ninguno.

Lo que sucedía en este caso, no lo sabemos; pero el fin del asunto en la Iglesia fue que los predicadores ambulantes desaparecieron de la escena, y los apóstoles, como era natural, pasaron también de este mundo; y el ministerio residente se convirtió en el ministerio de la Iglesia. En cierto sentido, en la iglesia moderna tampoco se ha resuelto completamente el problema entre los evangelistas itinerantes y el ministerio local; pero estas dos cartas son del interés más fascinante, porque muestran la situación de la Iglesia en una época de transición, cuando el choque entre el ministerio itinerante y el local estaba empezando a surgir y -¿quién sabe?- Diótrefes puede que no fuera tan malo como se le suele pintar ni estuviera totalmente equivocado.

2 JUAN

LA SEÑORA ELEGIDA

2 Juan 1-3

Del Anciano, a la Señora Elegida y a sus hijos, a los que amo en la verdad (y no soy yo el único que os ama a ti y a ellos, sino también todos los que aman la verdad) por la verdad que habita en nosotros que estará con nosotros para siempre. La gracia, la misericordia y la paz estarán con nosotros de Dios Padre y de Jesucristo el Hijo del Padre, en la verdad y en el amor.

El autor se identifica sencillamente con el título de El Anciano. *Anciano* puede tener tres sentidos diferentes.

(i) Puede querer decir sencillamente *un hombre más viejo*, que por razón de sus años y experiencia merece afecto y respeto. Aquí _ la palabra tiene algo de ese sentido. El autor y remitente de esta carta era un siervo de edad avanzada en Cristo y en la Iglesia.

(ii) En el Nuevo Testamento los ancianos son *los responsables de las iglesias locales*. Fueron los primeros de todos los cargos eclesiásticos, y Pablo ordenaba ancianos en sus iglesias en sus viajes misioneros tan pronto como le era posible (*Hechos 14:21-23*). La palabra no es posible que se use en ese sentido aquí, porque esos ancianos eran responsables locales, cuya autoridad y obligaciones no rebasaban la propia congregación, mientras que El Anciano de esta carta tenía una autoridad que se extendía a un área mucho más amplia. Se abroga el derecho de aconsejar a las congregaciones en lugares donde él mismo no reside.

(iii) Es casi seguro que esta carta se escribió en Éfeso, en la provincia romana de Asia. En aquella iglesia *anciano* se usaba con un sentido especial. Los ancianos eran hombres que habían sido discípulos directos de los apóstoles; Papías e Ireneo, que vivieron y trabajaron y escribieron en Asia, nos dicen que fue de los ancianos de los que recibieron su información. Los ancianos eran los nexos directos entre los que habían conocido a Cristo en la carne y los cristianos de la segunda generación. Es indudable que es en este sentido en el que se usa aquí el término. El autor de la carta es uno de los últimos nexos directos con Jesucristo; y de ahí le viene su derecho a hablar.

Como hemos dicho en la Introducción, *La Señora Elegida* presenta un cierto problema. Se han hecho dos sugerencias.

(i) Hay algunos que mantienen que la carta iba dirigida a *una persona determinada*. En griego se usa la frase *Eklekté Kyria*. *Kyrios* (la forma masculina) es una expresión de respeto, y *Eklekté* podría ser -aunque no es probable- un nombre propio, en cuyo caso la carta iría dirigida a *Mi querida Eklekté*. *Kyria*, además de ser una expresión de respeto, también podría ser un nombre propio, en cuyo caso *eklekté* sería un adjetivo, y la carta iría dirigida a *La Elegida Kyria*. Es también posible que *ambas* palabras fueran nombres propios, en cuyo caso la carta iría dirigida a una señora llamada *Eklekté Kyria*.

Pero, si esta carta fuera para una sola persona, es mucho más probable que ninguna de las dos palabras fuera un nombre propio, y que la versión Reina-Valera sea correcta al traducir la frase como *la señora elegida*. Se ha especulado mucho acerca de quién podría ser La Señora Elegida. Veremos solo dos sugerencias. (a) Se ha sugerido que *La Señora Elegida* es María, la Madre de nuestro Señor. Ella había de ser como una madre para Juan, y él su hijo (*Juan 19:26s*), y bien podría ser que se tratara de una carta personal de Juan a María. (b) *Kyrios* quiere decir *Señor*; y *Kyria*, aun como nombre propio, querría decir *Señora*, en latín *Domina*, y en arameo *Marthcí*. También se ha sugerido que se trata de Marta de Betania.

(ii) Es mucho más probable que fuera dirigida a *una iglesia*. Es mucho más probable que fuera una iglesia que amaban todos los que conocían la verdad (versículo 1). El versículo 4 dice que algunos de sus hijos se conducían en la verdad. En los versículos 6, 8, 10 y 12 se usa el pronombre *vosotros*, lo que sugiere una iglesia. Pedro también usa casi exactamente la misma frase cuando envía saludos de La Elegida (en femenino) que está en Babilonia (*1 Pedro 5:13*).

Bien puede ser que el nombre del destinatario se dejara indefinido intencionadamente. La carta se escribió cuando se podía producir una persecución repentina. Si fuera a parar a otras manos, podría haber problemas. Y bien puede ser que la carta fuera dirigida de tal manera que su destino estuviera claro para los de dentro, pero que a los de fuera les sonara como una carta de un amigo a una amiga.

EL AMOR Y LA VERDAD

2 Juan 1-3 (conclusión)

Es sumamente interesante notar que en este pasaje *el amor y la verdad* están inseparablemente entrelazados. Es *en la verdad* como el Anciano ama a la Señora Elegida. Es *a causa de la verdad* como ama y escribe a la iglesia. En el Cristianismo aprendemos dos cosas acerca del amor.

(i) La verdad cristiana nos dice la manera como debemos amar. *Agapé* es la palabra que se usa en el original para el amor cristiano. *Agapé* no es una pasión con sus altos y bajos, su llamarada y su rescoldo; ni ninguna sensiblería facilona. No es fácil de adquirir ni de poner en práctica. *Agapé* es una buena voluntad invencible; es la actitud hacia los demás que, independientemente de lo que le hagan, nunca se convierte en amargura ni dejará de buscar lo que sea para ellos el sumo bien. Hay un amor que trata de poseer; hay un amor que ablanda y excita; hay un amor que le hace a uno retirarse de

la lucha; hay un amor que cierra los ojos a las faltas y las cosas que conducen a la ruina. Pero el amor cristiano siempre busca el mayor bien para los demás, y arrostra todas las dificultades, todos los problemas y todo el trabajo que suponga esa búsqueda. Es significativo que Juan escriba por amor para advertir.

(ii) La verdad cristiana nos dice la razón para la obligación del amor. Juan la establece claramente en su primera carta. Ha hablado del amor doliente, sacrificado, increíblemente generoso de Dios; y entonces dice: < Queridos, si Dios nos ha amado así, nosotros también debemos amarnos unos a otros» (1 Juan 4: 11). *El cristiano debe amar porque es amado*. No puede aceptar el amor de Dios sin mostrar amor a las personas que Dios ama. Porque Dios nos ama es por lo que debemos amar a los otros con el mismo amor generoso y sacrificial.

Antes de dejar este pasaje tenemos que notar otra cosa. Juan empieza esta carta con un saludo bastante particular. Dice: «La gracia, la misericordia y la paz *estarán* con nosotros.» En todas las otras cartas del Nuevo Testamento el saludo tiene la forma de un deseo u oración. Pablo suele poner: « La gracia sea con nosotros y la paz.» Pedro pone: «Que la gracia y la paz se os multipliquen» (1 Pedro 1:2). Judas dice: «Que la misericordia, la paz y el amor se os multipliquen» (Judas 2). Pero aquí el saludo es *una afirmación*: «La gracia, la misericordia y la paz *estarán* con nosotros.» Juan está tan seguro de los dones de la gracia de Dios en Jesucristo que no pide que sus amigos los reciban; les asegura que los recibirán. Aquí está la fe que no duda nunca de las promesas de Dios en Jesucristo.

EL PROBLEMA Y EL REMEDIO

2 Juan 4-6

Me dio una gran alegría descubrir que algunos de tus hijos se conducen en la verdad según el mandamiento

que hemos recibido del Padre. Y ahora, Señora, no como si te estuviera escribiendo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento que hemos tenido desde el principio, te ruego que nos amemos unos a otros. Y esto es el amor: que nos conduzcamos según Sus mandamientos; y este es el mandamiento, como lo habéis oído desde el principio: que nos conduzcamos de acuerdo con él.

En la iglesia a la que está escribiendo Juan hay cosas que le alegran el corazón y cosas que se lo entristecen. Le produce alegría saber que algunos de sus miembros viven de acuerdo con la verdad; pero esa misma afirmación supone que algunos no. Es decir, que en la iglesia hay división, porque se han escogido caminos diferentes. Juan tiene el remedio para todas las cosas, que es el amor. No es ningún remedio nuevo, ni un mandamiento nuevo; es la palabra del mismo Jesús: < Os doy un nuevo mandamiento: Que os améis unos a otros; que también vosotros os améis entre vosotros como Yo os he amado; en esto es en lo que todos reconocerán que sois discípulos Míos: Si existe ese amor entre vosotros» (Juan 13:34s). *Solo* el amor puede remediar una situación en la que se han roto las relaciones personales. La reprensión y la crítica es probable que ,no despierten más que el resentimiento y la hostilidad; la discusión y la controversia puede que no hagan más que ensanchar la división; el amor es lo único para restañar la brecha y restaurar la relación perdida.

Pero es posible que digan los que han escogido el camino equivocado para Juan: «Nosotros por supuesto que amamos a Dios.» Los pensamientos de Juan se retrotraen inmediatamente a otro dicho de Jesús: «Si Me amáis, guardaréis Mis mandamientos» (Juan 14:1 S). El mandamiento concreto de Jesús era el del amor mutuo; y, por tanto, cualquiera que no guarde este mandamiento no ama realmente a Dios, por mucho que lo pretenda. La única prueba de nuestro amor a Dios es nuestro amor a los hermanos. Este es el mandamiento, dice Juan, que hemos oído desde el principio, y en el que debemos andar.

Conforme vayamos adelante veremos que esto tiene otra cara, y que no hay ninguna sensiblería blandengue en la actitud de Juan hacia los que están seduciendo a otros para apartarlos de la verdad; pero es significativo que su primera cura para todos los problemas de la iglesia es el amor.

LA AMENAZA DEL PELIGRO

2 Juan 7-9

Hay mucha más razón para hablar así porque han salido por el mundo muchos engañadores, hombres que no confiesan que Jesús es el Cristo, ni Su venida en -la carne. Una persona así es el engañador y el Anticristo. Mirabs bien que no arruinéis lo que hemos trabajado, sino aseguraos de recibir una recompensa completa. EL que pretenda avanzar demasiado sin permanecer en la enseñanza de Cristo, no tiene a Dios; es el que permanece en esa enseñanza el que tiene tanto al Padre como al Hijo.

Ya, en 1 Juan 4: 2, Juan ha tratado de los herejes que niegan la realidad de la Encarnación. Hay una dificultad. En 1 Juan 4:2 el original dice que Jesús *ha* venido en la carne. La idea se expresa con el participio en el tiempo pasado. Es el hecho de que la Encarnación ha tenido lugar lo que se subraya. Aquí hay una diferencia: el participio está en el tiempo presente: la traducción literal sería que Jesús *viene* en la carne. Esto podría querer decir una de dos cosas.

(i) Podría querer decir que Jesús siempre está viniendo en la carne, que la Encarnación tiene una especie de permanencia, que no fue solamente un hecho que terminó en treinta años durante los cuales Jesús estuvo en Palestina, sino que es algo fuera del tiempo. Esa podría ser una gran idea, y querría decir que ahora y siempre Jesucristo, y Dios por medio de Él, se introduce en la situación y en la vida humana.

(ii) Podría ser una referencia a *la Segunda Venida*, y podría querer decir que Jesús *viene otra vez* en carne. Bien puede ser que hubiera la creencia en la Iglesia Primitiva que había de haber una Segunda Venida de Jesús en la carne, una especie de encarnación en gloria que seguiría a la Encarnación de la humillación. Esa sería también una gran idea.

Pero bien puede ser que C. H. Dodd tenga razón cuando dice que en un escritor griego posterior al período clásico, como Juan, que no conocía el griego de los grandes escritores, no podamos hacer tanto hincapié en los tiempos de los verbos, y que lo mejor sea interpretar que quiere decir lo mismo que en 1 Juan 4:2. Es decir, que estos engañadores niegan la realidad de la Encarnación, y por tanto niegan que Dios pueda entrar plenamente en la vida humana.

Es intensamente significativo notar que los grandes pensadores de la Iglesia Cristiana se han aferrado siempre con todas sus fuerzas a la realidad de la Encarnación. En el siglo II d.C., Ignacio insiste una y otra vez en sus escritos en que Jesús nació *de veras*, que se hizo hombre *de veras*, que sufrió *de veras* y que murió *de veras*. Vincent Taylor, en su libro sobre *La persona de Cristo*, nos recuerda dos grandes afirmaciones acerca de la Encarnación. Martín Lutero decía de Jesús: «Él comía, bebía, dormía, andaba; se cansaba, se apenaba, se alegraba; lloraba y reía; experimentaba hambre y sed y sudor; hablaba, trabajaba, oraba... de tal manera que no había diferencia entre Él y otros hombres salvo solamente en esto: en que Él era *Dios*, y no tenía pecado.» Emil Brunner cita ese pasaje de Lutero, y prosigue: «El Hijo de Dios en Quien podemos creer tenía que ser Tal que fuera posible confundirle con una persona corriente.»

Si Dios hubiera entrado en la vida solamente como un fantasma desencarnado, el cuerpo seguiría siendo despreciado para siempre; entonces no podría haber verdadera comunión entre lo divino y lo humano; entonces no podría haber una verdadera Salvación. Tenía que hacerse lo que somos para hacernos lo Que Él es.

En los versículos 8 y 9 escuchamos tras las palabras de Juan las pretensiones de los falsos maestros.

Pretendían *desarrollar* el Cristianismo. Juan insiste en que estaban destruyéndolo, y destrozando los cimientos que se habían echado y sobre los que debía construirse todo.

El versículo 9 es interesante y significativo. Hemos traducido la primera frase por El *que pretenda avanzar demasiado*. En griego encontramos *proagón*. Ese verbo quiere decir *proseguir hacia adelante*. Los falsos maestros pretendían ser progresistas, avanzados, personas de mente abierta y aventurera. El mismo Juan era uno de los pensadores más aventureros del Nuevo Testamento; pero insiste en que, por mucho que una persona pueda avanzar, debe permanecer en la enseñanza de Jesucristo, o perderá contacto con Dios. Así es que aquí tenemos una gran verdad. Juan no está condenando el pensamiento avanzado; lo que dice es que Jesucristo debe ser la piedra de toque de todo pensamiento, y que todo lo que pierda contacto con Él no se puede mantener en la verdad. Juan diría: «Pensad -pero llevad vuestro pensamiento a la piedra de toque de Jesucristo y de la presentación que se nos hace de Él en el Nuevo Testamento.» El Cristianismo no es ninguna teosofía nebulosa e inaprehensible; está anclado en la figura histórica de Jesucristo.

SIN COMPONENTAS

2 Juan 10-13

Si os llega alguien que no lleva esta enseñanza, no le recibáis en vuestra casa ni le saludéis por la calle; porque si lo hacéis os hacéis cómplices de sus malas acciones.

Aunque tengo muchas cosas que escribiros, no quiero depender del papel y la tinta, sino que espero ir a

veros y hablar con vosotros cara a cara para que tengamos una alegría completa.

Los hijos de tu Hermana Elegida te envían saludos.

Aquí vemos con toda claridad el peligro que veía Juan en aquellos falsos maestros. No se les debía ofrecer hospitalidad; el que se les negara sería la manera más eficaz de detener su influencia. Juan llega más lejos: no hay ni que saludarlos en la calle. El hacerlo sería dar señales de que se los reconocía en cierta medida. Debe dejarse bien claro a todo el mundo que la Iglesia no tolera a los que destruyen la fe con su enseñanza. Este pasaje puede que parezca contradecir el amor cristiano; pero C. H. Dodd tiene algunas cosas muy sabias que decir acerca de él.

No faltan paralelos. Cuando el santo Policarpo se encontró con el hereje Marción, este le dijo: < ¿Me reconoces? » «Reconozco al primogénito de Satanás,» respondió Policarpo. El propio Juan salía huyendo de los baños públicos cuando llegaba el hereje Cerinto. « ¡Salgamos de aquí a toda prisa, no sea que se nos hunda el edificio decía-, porque Cerinto, el enemigo de la verdad está aquí!»

Tenemos que recordar la situación. Hubo un tiempo cuando parecía que faltaba poco para que las especulaciones de los herejes pseudofilosóficos destruyeran la fe cristiana. Estaba en peligro su misma existencia. La Iglesia no se atrevía ni a parecer que corría peligro de hacer componendas con esta corrosiva destrucción de la fe.

Esta era, como indica C. H. Dodd, una norma de emergencia, y «las normas de emergencia nunca hacen buenas leyes.» Puede que reconozcamos la necesidad de esta actitud en la situación en que se encontraban Juan y los suyos, sin mantener en lo más mínimo que debamos tratar de la misma manera a los pensadores equivocados. Y sin embargo, para volver a C. H. Dodd, una tolerancia de buen humor nunca puede resultar suficiente. «El problema está en encontrar una manera de vivir con personas cuyas convicciones difieren de las nuestras

sobre las cuestiones más fundamentales, sin ni faltar a la caridad ni ser infieles a la verdad.» Ahí es donde el amor debe encontrar un camino. La mejor manera de destruir a nuestros enemigos, como decía Abraham Lincoln, es hacerlos nuestros amigos. Nunca podemos llegar a un acuerdo con los maestros equivocados, pero nunca estamos libres de la obligación de tratar de conducirlos a la verdad.

Así llega Juan al final de su carta. No quiere escribir más, porque espera ir a ver a sus amigos y hablar con ellos cara a cara. Tanto en griego como en hebreo se dice, no *cara a cara*, sino *boca a boca*. En el Antiguo Testamento Dios dice de Moisés: «Cara a cara -literalmente "boca a boca"- hablaré con él» (*Números 12:8*). Juan era sabio, y sabía que las cartas pueden ser motivo para que se tergiverse una situación; y que se puede conseguir más en cinco minutos de conversación de corazón a corazón que con una pila de cartas. En muchas relaciones de iglesia y personales las cartas no han conseguido más que exacerbar una situación; porque la carta escrita más cuidadosamente puede interpretarse mal, mientras que una breve conversación directa puede arreglar las cosas. Cromwell no entendió nunca al cuáquero John Fox, y no le caía nada bien. Pero cuando se encontró con él, y después de hablar con él personalmente, le dijo: «Si tú y yo pasáramos una hora juntos seríamos los mejores amigos.» Los comités eclesiásticos y los cristianos haríamos bien en hacernos el propósito de no escribir cuando podemos hablar.

La carta se cierra con saludos de la iglesia de Juan a los amigos a los que escribe; saludos, como si dijéramos, de los hijos de una hermana a los de otra; porque todos los cristianos somos miembros de la familia de la fe.

3 JUAN

EL GOZO DEL MAESTRO

3 Juan 1-4

Del Anciano, al querido Gayo, al que amo en la verdad.

Querido, pido a Dios que todo te vaya bien, y que tengas buena salud de cuerpo así como le va bien a tu alma. Me dio una gran alegría la llegada de algunos hermanos, que atestiguaron la verdad de tu vida, como te conduces en la verdad. No hay noticia que me produzca mayor alegría que la de escuchar que mis hijos están caminando en la verdad.

Ninguna carta del Nuevo Testamento muestra mejor que esta que las cartas cristianas seguían exactamente el modelo de todas las cartas de tiempo de la Iglesia Primitiva. Hay un papiro que contiene una carta de Ireneo, un capitán de barco, a su hermano Apolinario:

De Ireneo a su hermano Apolinario: ¡Se te saluda! Rezo constantemente para que tengas salud; yo disfruto de buena salud. Quiero que sepas que llegué a tierra el 6 del mes de Epeif, y acabé de descargar el 18 del mismo mes, y subí a Roma el 25 del mismo mes, y allí se nos recibió como Dios quiso. Estamos esperando todos los días que nos dejen partir; porque hasta el día de hoy, a ninguno de los que estamos en el servicio del grano se le ha permitido salir. Saludos personales para tu esposa, y para Sereno, y para todos los que te aman. Adiós.

La forma de la carta de Ireneo es exactamente la misma que la de Juan. Lo primero es el saludo; luego la oración por la buena salud; después el cuerpo principal de la carta, con las noticias, y por último los saludos finales. Las cartas cristianas primitivas no eran remotas y eclesiásticas, sino la clase de cartas que se escribían en aquellos días.

Juan le escribe a un amigo llamado Gayo. En el mundo del Nuevo Testamento Gayo era uno de los nombres más corrientes. En el Nuevo Testamento hay otros tres con ese nombre. Está Gayo, el macedonio que juntamente con Aristarco estuvo con Pablo en el motín de Efeso (*Hechos 19:29*). Está el Gayo de Derbe, que fue el delegado de su iglesia para llevar la colecta para los pobres de Jerusalén (*Hechos 20:4*). Está el Gayo de Corinto, que había sido el anfitrión de Pablo y que era una persona tan hospitalaria que se le podría llamar el hospedador de toda la iglesia (*Romanos 16:23*), y que fue una de las pocas personas que Pablo bautizó personalmente (*1 Corintios 1:14*), y que, según la tradición, llegó a ser el primer obispo de Tesalónica. Gayo era un nombre de lo más corriente; y por tanto no hay necesidad de identificar este Gayo con ninguno de los otros tres. Según la tradición, Juan le consagró obispo de Pérgamo. Aquí se nos presenta como un hombre que tenía siempre abiertas las puertas de su casa y de su corazón.

Dos veces en los primeros dos versículos usa Juan la palabra *querido*, en griego *agapétos*. En este grupo de cartas Juan usa *agapétos* no menos de diez veces. Este es un hecho muy notable. Estas cartas son cartas de advertencia y reprensión; y sin embargo su acento es el del amor. Un gran erudito y predicador aconsejaba: < No le echés nunca la bronca a tu congregación. > Aunque tenga que reprender, Juan nunca habla con rabia. Toda la atmósfera de su carta es la del amor.

El versículo 2 nos muestra el cuidado amplio del pastor bueno y consagrado. Está interesado tanto en la salud física como en la salud espiritual de Gayo. Juan era como Jesús: nunca se olvidaba de que las personas tenemos cuerpos y no sólo almas, y que los cuerpos también son importantes.

En el versículo 4 habla Juan de la mayor alegría del maestro. Es la de ver que sus alumnos caminan en la verdad. La verdad no es simplemente algo que asimilamos intelectualmente; es el conocimiento que llena la mente de una persona y la caridad que reviste su vida. La verdad es lo que hace que una persona piense y actúe como Dios manda.

LA HOSPITALIDAD CRISTIANA

3 Juan 5-8

Querido Gayo, es una obra de verdadera fe cualquier servicio que prestas a los hermanos forasteros, y ellos atestiguan vuestro amor ante la iglesia. Será una amabilidad aún mayor el que los despidas en su viaje de una manera que sea como Dios manda. Porque ellos han salido por causa del Nombre, y no reciben ninguna ayuda de los paganos. Es nuestra obligación el sostener a tales personas para mostrarnos colaboradores de la verdad.

Aquí llegamos al propósito principal de esta carta. Hay un grupo de misioneros que van de camino a la iglesia de la que es miembro Gayo, y Juan le exhorta a recibirlos, a darles su apoyo y a despedirlos cristianamente.

La hospitalidad era un deber sagrado en el mundo antiguo. Los extranjeros estaban bajo la protección de Zeus Xenius, el dios de los extranjeros (*xenos* es la palabra griega para *extranjero*, que ha dado algunos derivados en español, como *xenofobia*). En el mundo antiguo las posadas eran notoriamente deficientes. A los griegos les disgustaba instintivamente cobrar dinero a cambio de la hospitalidad; y por tanto la profesión de mesonero era muy poco apreciada. Las posadas estaban sucias e infestadas de pulgas. Los posaderos eran célebres por su rapacidad, hasta el punto de que Platón los comparaba con

piratas que retuvieran a los huéspedes como rehenes hasta cobrar el rescate. En el mundo antiguo había un sistema de *amistades de hospedaje* mediante el cual distintas familias de partes distintas del país se comprometían a darse hospitalidad cuando fuera necesario. Esta relación de familias se prolongaba a través de generaciones, y cuando se solicitaba, el solicitante tenía que presentar un *symbolon o señal* que le identificaba ante su anfitrión. Algunas ciudades tenían un *proxenos* al que acudían por hospitalidad o protección los que tenían que emprender viajes.

Si el mundo pagano aceptaba la obligación de la hospitalidad, era de esperar que los cristianos la tomaran aún más en serio. Pedro recordaba: «Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones» (1 Pedro 4:9). «No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles» (Hebreos 13:2). En las Epístolas Pastorales se dice que hay que respetar a una viuda que haya practicado la hospitalidad (1 Timoteo 5:9). Pablo exhorta a los romanos a «practicar la hospitalidad» (Romanos 12:13).

La hospitalidad iba a ser una de las características de los responsables de la iglesia. Un obispo debía ser hospedador (1 Timoteo 3:2; cp. Tito 1:8). Cuando llegamos al tiempo de Justino Mártir (170 d.C.) encontramos que el Día del Señor las familias acomodadas contribuían conforme a su voluntad y posibilidades, y el presidente de la congregación estaba obligado «a socorrer a los huérfanos y a las viudas, y a los que tuvieran necesidades por causas de enfermedad u otras, y a los que estaban presos y a los forasteros que se encontraban entre nosotros» (Justino Mártir, *Primera Apología* 1:67).

En la Iglesia Primitiva, un hogar cristiano tenía siempre la puerta abierta y estaba dispuesto para recibir al forastero. Habrá pocas obras más nobles que la de darle hospitalidad a un forastero en un hogar cristiano. El círculo familiar cristiano debería ser siempre lo suficientemente amplio como para hacerle sitio a un extranjero, independientemente de su origen o del color de su piel.

LOS AVENTUREROS CRISTIANOS

3 Juan 8-8 (conclusión)

Además, este pasaje nos habla de los misioneros ambulantes que dejaban su hogar y comodidad para llevar más lejos la Palabra de Dios. En el versículo 7, Juan dice que se han puesto en camino por causa del Nombre, y no aceptan ayuda de los paganos. (Es posible que este versículo se refiera a los que dejaban el paganismo sin llevarse nada consigo, los que por causa de su fe habían dejado su hogar y trabajo y amigos, y no tenían medios de subsistencia). En el mundo antiguo eran muy conocidos «los frailes mendicantes,» con su bolsita. Hay referencias, por ejemplo, a uno que se denominaba «el esclavo de la diosa siria,» que salía a pedir limosna y aseguraba que nunca volvía con menos de setenta bolsas de dinero para su diosa. Pero los predicadores ambulante cristianos no aceptaban nada de los paganos, aunque se lo ofrecieran.

Juan recomienda a estos aventureros de la fe a la hospitalidad y generosidad de Gayo. Dice que es un deber ayudarlos para mostrar que somos colaboradores de la verdad (8).

Hay aquí una gran idea cristiana. Las circunstancias de una persona pueden ser tales que no le sea posible llegar a ser misionero o predicador. La vida puede que le haya puesto en una situación en la que tiene que continuar con el trabajo secular, seguir en el mismo lugar y con las obligaciones rutinarias de la vida; pero adonde él no puede ir, su dinero y sus oraciones y su ayuda práctica pueden llegar. No todo el mundo puede estar, por así decirlo, en primera fila; pero manteniendo a los que están allí, uno puede convertirse en aliado de la verdad. Cuando recordamos eso, todo dar para la Obra más amplia de Cristo y de Su Iglesia debe considerarse no una obligación sino un privilegio, no un deber sino un placer. La Iglesia necesita personas que salgan con la verdad, pero también necesita a los que sean aliados de la verdad en casa.

LA LLAMADA DEL AMOR

3 Juan 9-15

Ya he escrito acerca de esto a la iglesia; pero Diótrufes, que se empeña en ser el mandamás, no acepta nuestra autoridad. Así que, cuando vaya por ahí, ya le recordaré lo que está haciendo hablando insensatamente contra nosotros; y además se niega a recibir a los hermanos, e intenta impedirselo a los demás amenazándolos con echarlos de la iglesia.

Querido Gayo, no imites lo malo sino lo bueno. El que hace el bien tiene en Dios el manantial de su vida; el que hace el mal no tiene ni idea de Dios.

Todo el mundo da testimonio del mérito de Demetrio, y la verdad misma también. Y nosotros también testificamos, y tú sabes que nuestro testimonio es verídico.

Tengo muchas cosas que escribirte, pero no quiero comunicártelas con tinta y pluma. Espero verte pronto y que hablemos cara a cara.

La paz sea contigo. Los amigos mandan sus saludos. Saluda personalmente a los amigos.

Aquí llegamos al propósito de esta carta, y se nos presentan dos de los personajes importantes de la historia.

Está Diótrufes. Ya hemos visto en la Introducción cuál era la situación en que estaban implicados Juan y Diótrufes y Demetrio. En la Iglesia Primitiva había un doble ministerio. Estaban los apóstoles y los profetas, cuya esfera no se limitaba a ninguna congregación local, y cuya autoridad se extendía a toda la Iglesia. Y estaban también los ancianos, que eran los responsables permanentes y las espinas dorsales de las congregaciones locales. En los primeros días de la Iglesia esto no suponía ningún problema, porque las congregaciones locales eran todavía en gran parte como bebés, que no habían aprendido a andar por sí mismas y a manejar sus propios asuntos.

Pero, conforme fue pasando el tiempo, se produjo una tensión entre las dos clases de ministerio. Conforme las iglesias locales se fueron haciendo más fuertes y más conscientes de su identidad, fueron estando cada vez menos dispuestas a someterse al control remoto o a la invasión de los extranjeros.

Este problema sigue existiendo en parte entre nosotros. Existe el evangelista itinerante, que bien puede ser que tenga una teología y una metodología muy diferentes de las de la iglesia local establecida. En las iglesias jóvenes se vive la cuestión de hasta cuándo deben permanecer los misioneros en control y cuándo se considerará que ha llegado el momento de que se retiren y dejen que las iglesias indígenas gobiernen sus propios asuntos.

En esta carta, Diótrufes es el representante de la congregación local. No está dispuesto a aceptar la autoridad de Juan, el varón apostólico, ni a recibir a los misioneros itinerantes. Está tan decidido a que la iglesia local dirija sus propios asuntos que llega hasta a echar a los que están dispuestos a aceptar la autoridad de Juan y a recibir a los predicadores ambulantes. No podemos decir exactamente lo que representa Diótrufes. Por supuesto que no es un obispo en el sentido moderno de la palabra. Puede que fuera un anciano con carácter. O un miembro agresivo de la congregación, que fuera barriendo a todos los que se pusieran a su paso con la fuerza de su personalidad. Es indudable que surge como un personaje fuerte y dominante.

Demetrio es muy probablemente el líder de los predicadores ambulantes, y probablemente el portador de esta carta. Juan se excede recomendándole por su carácter y capacidad, y bien puede ser que hubiera alguna circunstancia en torno a él que diera base a la oposición de Diótrufes.

Demetrio no es, ni mucho menos, un nombre poco corriente. Se ha intentado identificarle con dos personajes del Nuevo Testamento. Se le ha identificado con el platero de Éfeso y jefe de la oposición a Pablo (*Hechos 19: 21 ss*). Puede que posteriormente se hiciera cristiano, y que su pasado se recordara en

su contra. Se le ha identificado con Demas (una abreviatura de *Demetrio*), que había sido en tiempos colaborador de Pablo, pero que le había abandonado porque amaba este mundo (*Colosenses 4:14; Filemón 24; 2 Timoteo 4:10*). Puede que Demas volviera a la fe, y que su anterior deserción se le tuviera en cuenta en su contra.

Juan interviene en esta situación, y su autoridad se pone en duda; y Gayo es un alma amable pero probablemente débil comparado con el agresivo Diótrefes, y Juan está tratando de respaldarle porque, dejado a sus recursos, bien podría sucumbir frente a Diótrefes.

Esta parece ser la situación. Puede que estemos en simpatía con Diótrefes; puede que creamos que estaba adoptando una postura que más tarde o más temprano habría de prevalecer; pero, con toda su fuerza de carácter, tenía un defecto -fallaba por su falta de amor. Como C. H. Dodd lo ha expresado: «No hay tal cosa como una experiencia religiosa verdadera que no se exprese mediante la caridad.» Por eso es por lo que, a pesar de todos sus poderes de liderazgo y su carácter dominante, Diótrefes no era, para Juan, un verdadero cristiano. El verdadero líder cristiano debe siempre tener presente que la fuerza y la amabilidad deben ir de la mano, lo mismo que la autoridad y el amor. Diótrefes era como muchos responsables de la iglesia; puede que tuviera razón; pero seguía un método erróneo para alcanzar su fin, porque la fuerza de carácter no puede nunca ocupar el lugar del amor del corazón.

No sabemos a ciencia cierta cuál era el problema en esta situación; pero Juan termina con amor. Pronto irá a hablar de tú a tú, y su presencia hará lo que no puede hacer una carta; y, de momento, mandó sus saludos y su bendición. Podemos creer que «la paz sea con vosotros» del anciano Anciano lograría producir la calma en la iglesia conflictiva a la que escribía.

INTRODUCCIÓN A LA CARTA DE JUDAS

LA CARTA DIFÍCIL Y ARRUMBADA

Bien se puede decir que para la mayoría de los lectores modernos la breve *Carta de Judas* es una empresa más sorprendente que provechosa. Hay dos versículos que todo el mundo conoce -la sonora y magnífica doxología con la que termina:

A Aquel Que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de Su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y poder, ahora y por todos los siglos. Amén.

Pero, aparte de estos dos versículos, *Judas* es mayormente desconocida y rara vez leída. La razón de su dificultad es que se escribió desde un trasfondo de pensamiento, el desafío de una situación, en imágenes y con citas, que nos resultan totalmente extrañas. Está fuera de toda duda que impactaría a los que la leyeran por primera vez como un martillazo. Sería como la llamada de un toque de trompeta a defender la fe. Moffatt llama a *Judas* cuna cruz flamígera para levantar las iglesias.» Pero, como J. B. Mayor, uno de sus grandes editores, ha dicho: < Al lector moderno le resulta más curiosa que edificante, salvo su principio y su final. »

Esta es una razón más que suficiente para emplearnos en el estudio de *Judas*; porque, cuando entendemos el pensamiento

de Judas y desentrañamos la situación en la que estaba escribiendo, su carta adquiere el mayor interés para la historia de la Iglesia Primitiva, y nada le falta de relevancia para la de hoy. Ha habido tiempos en la historia de la Iglesia, y especialmente en sus avivamientos, cuando Judas no estaba lejos de ser el libro más relevante del Nuevo Testamento. Empecemos por establecer sencillamente la sustancia de la carta sin esperar a resolver sus dificultades.

SALIENDO AL ENCUENTRO DE LA AMENAZA

Judas había tenido la intención de escribir un tratado sobre la fe que todos los cristianos compartimos; pero tuvo que dejar a un lado esa tarea en vista de la aparición de personas cuya conducta y pensamiento eran una amenaza para la Iglesia Cristiana (versículo 3). En vista de esta situación, la necesidad perentoria no era la de exponer la fe, sino la de convocar a los cristianos en su defensa. Algunos que se habían introducido en la iglesia se aplicaban a fondo a convertir la gracia de Dios en una excusa para la más flagrante inmoralidad, y negaban al único Dios verdadero y al Señor Jesucristo (versículo 4). Estos hombres eran inmorales en su conducta y heréticos en su doctrina.

LAS ADVERTENCIAS

Judas organiza sus advertencias contra tales hombres. Que tengan presente la suerte de los israelitas. Habían sido sacados a salvo de Egipto, pero no se les permitió entrar en la Tierra Prometida a causa de su incredulidad (versículo 5). Hace referencia a *Números* 13:26 -14:29. Aunque uno haya recibido la gracia de Dios, puede perder la salvación eterna si se desvía a la desobediencia y a la incredulidad. Algunos ángeles que poseían la gloria del Cielo vinieron a la Tierra y corrompieron

con su concupiscencia a las mujeres mortales (*Génesis* 6:2); y ahora están aprisionados en el abismo de oscuridad esperando el juicio (versículo 6). El que se rebeló contra Dios tendrá que arrostrar el juicio. Las ciudades de Sodoma y Gomorra se habían entregado a la concupiscencia y al vicio contra la naturaleza de tal manera que su destrucción por fuego es una advertencia para todos los que se descarríen de manera parecida (versículo 7).

LA VIDA MALVADA

Estos hombres son visionarios de sueños malvados; contaminan su carne; hablan mal de los ángeles (versículo 8). Ni siquiera el arcángel Miguel se atrevía a proferir maldición contra los ángeles malvados. Se le había encargado enterrar el cuerpo de Moisés. El diablo había tratado de impedirlo y reclamar el cuerpo para sí. Miguel no dijo nada en contra del diablo, ni siquiera en tales circunstancias, sino dijo sencillamente: < ¡Que el Señor te reprenda! > -(versículo 9). Hay que respetar a los ángeles, aunque sean malos y hostiles. Estos hombres malvados condenan todo lo que no entienden, y las cosas espirituales sobrepasan su comprensión. De lo único que entienden es de instintos carnales, y se gobiernan por ellos como hacen los animales irracionales (versículo 10).

Son como Caín, el asesino cínico y egoísta; son como Balaam, cuyo único deseo era la ganancia material, y que condujo al pueblo de Israel a pecar contra Dios; son como Coré, que se rebeló contra la autoridad legítima de Moisés, y se le tragó la tierra como castigo por su desobediencia arrogante (versículo 11).

Son como la rocas ocultas que pueden hacer naufragar un barco; tienen su propia camarilla en la que se asocian con personas como ellos, destruyendo así la comunión cristiana; engañan a otros con sus promesas, como las nubes que prometen la lluvia largo tiempo esperada, pero que pasan de largo;

son como árboles estériles y sin raíz, que no producen fruto; como la rociada de espuma de las olas que arroja algas y restos de naufragios a las playas, así espumajean sus obras desvergonzadas; son como las estrellas errantes que se niegan a mantenerse en su órbita y que están condenadas a perderse en la oscuridad infinita (versículo 13). Hace mucho tiempo, el profeta Henoc había descrito a estas personas y profetizado su destrucción divina (versículo 15). Murmuran contra toda autoridad y disciplina auténticas como los hijos de Israel murmuraron contra Moisés en el desierto; están descontentos con la suerte que Dios les ha asignado; sus concupiscencias son lo único que gobierna sus vidas; su habla es arrogante y orgullosa; son pelotilleros que adulan para sacar partido (versículo 16).

PALABRAS A LOS FIELES

Después de fustigar a los malvados con el torrente de sus invectivas, Judas se dirige a los fieles. Deberían haber esperado todo esto, porque los apóstoles de Jesucristo ya habían anunciado de antemano que surgirían hombres malos (versículos 18 y 19). Pero el deber del verdadero cristiano es edificar su vida sobre la base de la santísima fe, aprender a orar en el poder del Espíritu Santo; recordar las condiciones del pacto al que nos ha llamado el amor de Dios, y esperar la misericordia de Jesucristo (versículos 20 y 21).

En cuanto a los falsos pensadores y los de vida perdida -algunos de ellos puede que se salven con piedad, mientras están todavía dudando al borde de sus malos caminos; a otros hay que rescatarlos como a astillas del fuego; y en toda su obra de rescate, el cristiano debe tener aquel santo temor que le hará amar al pecador pero odiar el pecado, evitando contaminarse de los males de los que trata de salvar (versículos 22 y 23).

Y todo el tiempo estará con él el poder de ese Dios Que puede guardarle de caer, y conducirlo con pureza y gozo a Su presencia (versículos 24 y 25).

LOS HEREJES

¿Quiénes eran los herejes a los que Judas critica tan duramente, y cuáles sus creencias y forma de vida? Judas no nos lo dice claro nunca; él no era ningún teólogo, sino, como dice Moffatt, < un líder de la Iglesia, sencillo y honrado. » « Denuncia más que describe » la herejías que ataca. No trata de discutir ni de refutar, porque escribe como el « que sabe cuándo la ardiente indignación es más elocuente que la discusión. » Pero de la carta misma podemos deducir tres cosas sobre estos herejes.

(i) Eran antinomistas. El antinomismo -de *ariti* y *nomos*, *ley*- es la « doctrina que enseña, en nombre de la supremacía de la gracia, el indiferentismo con respecto a la ley » (*Enciclopedia Larousse*). Los antinomistas han existido en todas las épocas de la Iglesia. Son personas que pervierten la gracia. Su posición es que la ley ha terminado, y ellos están bajo la gracia. Las prescripciones de la ley puede que se les apliquen a otros, pero ya no se les aplican a ellos. Pueden hacer, literalmente, lo que les dé la gana. La gracia es suprema; puede perdonar cualquier pecado; cuanto más se peque, más oportunidades se le dan a la gracia para sobreabundar (*Romanos 5:20ss*). El cuerpo no tiene ninguna importancia; lo que importa es el interior de la persona. Todas las cosas pertenecen a Cristo, y, por tanto, todas las cosas les pertenecen a ellos. Así es que para ellos no hay nada prohibido.

Por tanto, los herejes de *Judas* convierten la gracia de Dios en una excusa para la inmoralidad más flagrante (versículo 4); hasta practican vicios desvergonzados contra la naturaleza como hacían los de Sodoma (versículo 7). Corrompen la carne, y no lo consideran ningún pecado (versículo 8). Dejan que los instintos animales gobiernen sus vidas (versículo 10). Con sus maneras sensuales, hay peligro de que hagan naufragar las fiestas del amor de la iglesia (versículo 12). Son sus propios deseos malos los que dirigen sus vidas (versículo 16).

LA NEGACIÓN DE DIOS Y DE JESUCRISTO

(ii) Acerca del antinomismo y la inmoralidad flagrante de los herejes a los que condena Judas no cabe la menor duda. Las otras dos faltas de las que los acusa no son tan fáciles de detectar. Los acusa de que, como dice la versión *Reina-Valera'95* «niegan a Dios, el único Soberano, y a nuestro Señor Jesucristo,» y añade en una nota: «Otra posible traducción: *A nuestro único soberano y señor, Jesucristo*» (versículo 4). La doxología final se dirige al « al único y sabio Dios,» una frase que se encuentra también en *Romanos 16:27; 1 Timoteo 1:17, y cp. 6: 15*). La reiteración de la palabra *único* es significativa. Si Judas habla acerca de nuestro *único* Soberano y Señor, y del *único* Dios, es natural suponer que habría quienes cuestionaran la *unicidad* de Jesucristo y de Dios. ¿Podemos trazar una línea de pensamiento parecida en la Iglesia Primitiva y, en caso afirmativo, coincide con cualquier otra evidencia que la misma carta pueda suplir?

Como sucede tan a menudo en el Nuevo Testamento, nos encontramos frente a ese tipo de pensamiento que llegó a conocerse como *gnosticismo*. Su idea básica era que este es un universo dualista, con dos principios eternos. Desde el principio del tiempo ha habido siempre espíritu y materia. El espíritu es esencialmente bueno; la materia, esencialmente mala. De esa materia corrompida se creó el mundo. Ahora bien: Dios es puro espíritu, y por tanto no podía manejar esta materia esencialmente mala. ¿Cómo se pudo efectuar la creación? Dios produjo una serie de eones o emanaciones, sucesivamente cada vez más lejos de Él. Al final de esta larga cadena hubo un eón, ya lo bastante distante de Dios para poder tocar la materia, que fue el que se encargó de la creación del mundo.

Esto no era todo lo que creían los gnósticos. Conforme los eones de la serie se iban alejando más y más de Dios cada vez Le conocían menos; y se iban haciendo más y más hostiles a Dios. El eón creador, al final de la serie, era al mismo tiempo ignorante y totalmente hostil a Dios.

Al llegar a ese punto, los gnósticos dieron otro paso: identificaron al verdadero Dios con el Dios del Nuevo Testamento; y al dios ignorante y hostil, con el del Antiguo Testamento. Para ellos, el Dios de la creación era distinto del dios de la revelación y de la redención. El Cristianismo, por otra parte, cree en el *único* Dios: el Dios de la Creación, y de la Providencia, y de la Redención.

Esta era la explicación que daban los gnósticos del pecado. Tenía su origen en el hecho de que la creación había surgido, en primer lugar, de una materia mala; y, en segundo lugar, la había producido un dios ignorante, y de ahí que existieran el pecado y el sufrimiento y la imperfección.

Esta línea de pensamiento gnóstica tenía un resultado curioso, pero perfectamente lógico. Si el dios del Antiguo Testamento era ignorante del verdadero Dios y hostil a El, debe deducirse de ahí que las personas a las que aquel dios ignorante perseguía eran en realidad *buenas* personas. Está claro que el dios hostil también sería hostil a las personas que eran los verdaderos siervos del verdadero Dios. Por tanto los gnósticos, por así decirlo, ponían el Antiguo Testamento patas arriba, y consideraban a sus héroes villanos, y a sus villanos héroes. Había hasta una secta de gnósticos llamados los ofitas ---del griego *ofis*, *serpiente*- porque adoraban ala serpiente del Edén; y algunos que consideraban a Caín, y a Coré, y a Balaam como grandes héroes. A esos mismos se refiere Judas poniéndolos como trágicos y terribles ejemplos de pecado.

Así es que podemos dar por sentado que los herejes a los que ataca Judas eran gnósticos que negaban la unicidad de Dios, que consideraban que el Dios de la creación era diferente del Dios de la redención, que veían en el Antiguo Testamento a un dios ignorante del verdadero Dios y Su enemigo, y que, por tanto, ponían el Antiguo Testamento patas arriba para considerar pecadores a los verdaderos siervos del verdadero Dios, y a Sus santos como siervos del dios hostil.

Estos herejes no solamente negaban la unicidad de Dios, sino también a «nuestro único Soberano y Señor Jesucristo.»

Es decir, negaban la unicidad de Jesucristo. ¿Cómo encaja eso con las ideas gnósticas que nos son conocidas? Ya hemos visto que, según las creencias gnósticas, había una serie de eones entre Dios y el mundo. Los gnósticos consideraban a Jesucristo como uno de estos eones, no como nuestro *único* Soberano y Señor; era solamente uno entre muchos mediadores entre Dios y el hombre, aunque pudiera ser el más elevado y el más próximo a Dios.

Tenemos todavía otra referencia a estos herejes de *Judas*, que también encaja perfectamente en lo que sabemos de los gnósticos. En el versículo 19, Judas los describe como < los que introducen divisiones.> Los herejes introducían alguna especie de distinciones de clase entre los miembros de la Iglesia. ¿Cuáles eran esas distinciones?

Ya hemos visto que entre Dios y el hombre decían que se extendía una interminable serie de eones. El objetivo del hombre debe ser llegar al contacto con Dios. Para alcanzar su fin, el alma tiene que atravesar esta serie interminable de eslabones entre Dios y el hombre. Los gnósticos mantenían que para conseguirlo se requería un conocimiento muy especial y esotérico. Tan profundo era ese conocimiento que eran muy pocos los que podían alcanzarlo.

Los gnósticos, por tanto, dividían a los miembros de la Iglesia en dos clases: los *pneumatikoi* y los *psyjikoi*. El *pneuma* era el espíritu humano, lo que le hace semejante a Dios; y los *pneumatikoi* eran personas *espirituales*, cuyos espíritus eran tan desarrollados e intelectuales que podían ascender la larga escala y llegar hasta Dios. Estos *pneumatikoi*, los gnósticos pretendían que estaban tan equipados intelectual y espiritualmente que podían llegar a ser tan buenos como Jesús -Ireneo dice que algunos de ellos creían que los *pneumatikoi* podían llegar a ser *mejores* que Jesús, y alcanzar la unión directa con Dios.

Por otra parte, la *psyjé* era simplemente el principio de la vida física. Todos los seres vivos tenían *psyjé*. Era algo que el hombre compartía con la creación animal y aun vegetal. Los

psyjikoi eran gente ordinaria; tenían la vida física, pero su *pneuma* estaba sin desarrollar, y eran incapaces de alcanzar nunca la sabiduría intelectual que les permitiría escalar el largo camino hacia Dios. Los *pneumatikoi* eran una minoría reducida y selecta; los *psyjikoi* eran la inmensa mayoría de gente vulgar y corriente.

Es fácil ver que esta clase de creencias producía inevitablemente una cursilería y un orgullo supuestamente espirituales. Introducía en la Iglesia la peor especie de distinción de clases.

Así que los herejes que ataca Judas eran hombres que negaban la unicidad de Dios, y Le desdoblaban en un dios ignorante y creador, y un Dios verdaderamente espiritual; que negaban la unicidad de Jesucristo, y Le veían como uno de los eslabones entre Dios y el hombre; que suscitaban distinciones de clase dentro de la Iglesia, y limitaban la comunión con Dios a unos pocos intelectuales.

LA NEGACIÓN DE LOS ÁNGELES

(iii) Además se implica que estos herejes negaban e insultaban a los ángeles. Se dice que «rechazan la autoridad, e injurian a los gloriosos» (versículo 8). Las palabras «autoridad» y «los gloriosos» describen rangos de la jerarquía judía de los ángeles. El versículo 9 hace referencia a la historia de *La ascensión de Moisés*, en la que se dice que a Miguel se le encomendó la tarea de enterrar el cuerpo de Moisés. El diablo trató de impedirsele y de reclamar el cuerpo. Miguel no hizo ninguna acusación contra el diablo ni le dirigió palabras insultantes; solamente dijo: « ¡Que el Señor te reprenda!» Si el arcángel Miguel, en tales circunstancias, no dijo nada contra el príncipe de los ángeles malos, está claro que nadie puede hablar mal de ellos.

Las creencias judías acerca de los ángeles eran muy elaboradas. Cada nación tenía su ángel protector; cada persona,

cada niño tenía su ángel. Todas las fuerzas de la naturaleza, el viento y el mar y el fuego y todas las demás, estaban bajo el control de ángeles. Hasta se podía decir: «Cada brizna de hierba tiene su ángel.» Está claro que los herejes atacaban a los ángeles. Es probable que dijeran que los ángeles eran los servidores del dios creador ignorante y hostil, y que un cristiano no debe tener nada que ver con ellos. No podemos estar totalmente seguros de lo que subyace bajo todo esto; pero a todos sus errores los herejes añadían el desprecio de los ángeles; y para Judas esto era sin duda reprochable.

JUDAS Y EL NUEVO TESTAMENTO

Ahora debemos examinar las cuestiones acerca de la fecha y el autor de *Judas*.

Judas tuvo algunas dificultades para entrar en el Nuevo Testamento; es uno de los libros cuya posición estuvo mucho tiempo insegura y que fueron tardíos en obtener una plena aceptación como parte del Nuevo Testamento. Resumamos brevemente las opiniones de los grandes padres e investigadores de la Iglesia Primitiva.

Judas estaba incluido en el Canon de Muratori, compuesto hacia el año 170 d.C., y que se puede considerar como la primera lista semioficial que ha llegado hasta nosotros de los libros aceptados por la Iglesia. La inclusión de *Judas* resulta extraña si recordamos que el Canon de Muratori no incluía en su lista *Hebreos* y *Primera de Pedro*. Pero a partir de entonces se habla largo tiempo de *Judas* con dudas. A mediados del siglo III, Orígenes la conocía y usaba, pero era plenamente consciente de que había muchos que ponían en duda su derecho a ser Escritura. Eusebio, el gran erudito de mediados del siglo IV, hizo un examen exhaustivo de la posición de varios libros que estaban en uso, y clasificó *Judas* entre los libros discutidos.

Jerónimo, el traductor de la Vulgata, tenía sus dudas acerca de *Judas*, y nos da las razones para las dudas que se tenían.

Lo extraño de *Judas* es la forma en que cita como autoridades libros que estaban *fuera* del Antiguo Testamento. Usa como Escritura algunos libros que se escribieron entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, y que no se consideraron nunca como Escritura. Aquí tenemos dos ejemplos determinados. La referencia en el versículo 9 a Miguel discutiendo con el diablo sobre el cuerpo de Moisés está tomada del libro apócrifo *La Asunción de Moisés*. En los versículos 14 y 15 Judas confirma su posición con una cita de una profecía, como era costumbre de todos los autores del Nuevo Testamento; pero la cita de Judas está tomada del *Libro de Henoc*, que él parece considerar Escritura. Jerónimo nos dice que Judas tenía la costumbre de usar libros que no eran de la Escritura como si lo fueran, cosa que hacía que algunas personas lo aceptaran con reservas; y hacia el fin del siglo III en Alejandría era precisamente de esa misma acusación de la que Dídimo le defendía. Lo más extraño de Judas es probablemente eso de usar libros que no eran de la Escritura como los otros autores del Nuevo Testamento usaban a los profetas; y en los versículos 17 y 18 hace uso de un dicho de los apóstoles que no se ha podido identificar.

Judas; pues, fue uno de los libros que tuvieron que esperar más tiempo para asegurarse su lugar en el Nuevo Testamento; pero para el siglo IV ya parece que lo tenía seguro.

LA FECHA

Hay claras indicaciones de que *Judas* no es un libro muy temprano. Habla de «la fe que ha sido una vez dada a los santos» (versículo 3), refiriéndose, al parecer, a un tiempo pasado, desde un presente en el que había un cuerpo de doctrinas que se consideraban ortodoxas. En los versículos 17 y 18 exhorta a sus lectores a recordar las palabras de los apóstoles del Señor Jesucristo. Eso suena a un tiempo cuando los apóstoles ya no estaban entre ellos, y la Iglesia recordaba

su pasada enseñanza. La atmósfera de *Judas* es la de un libro que mira hacia atrás.

Ya hemos mencionado el hecho de que nos parece que *Segunda de Pedro* hace uso de *Judas* considerablemente. Se puede ver que su segundo capítulo tiene una relación indiscutible con *Judas*. Es bastante seguro que uno de ellos tomó prestado del otro. Por razones de carácter general, es mucho más probable que el autor de *Segunda de Pedro* incorporara la totalidad de *Judas* en su obra que que *Judas* tomara, sin razón aparente, una sección de *Segunda de Pedro*. Ahora bien, si creemos que *Segunda de Pedro* la usa, *Judas* no puede ser muy tardía, aunque no sea tampoco muy temprana.

Es verdad que *Judas* recuerda como pasado el tiempo de los apóstoles; pero también es verdad que, con la probable excepción de Juan, todos los apóstoles habrían muerto hacia el año 70 d.C. Tomando juntamente el hecho de que *Judas* es posterior a los apóstoles y el de que *Segunda de Pedro* la usa, una fecha entre los años 80 y 90 parece razonable.

EL AUTOR DE JUDAS

¿Quién era el Judas, o Judá, que escribió esta carta? Se identifica como «siervo de Jesucristo y hermano de Santiago.» En el Nuevo Testamento hay cinco que se llamaban Judas.

(i) Está el Judas de Damasco en cuya casa estaba orando Saulo después de su conversión en el camino de Damasco (*Hechos 9:11*).

(ii) Está Judas Barsabás, una de las autoridades de los concilios de la Iglesia que, juntamente con Silas, fue portador a Antioquía de la decisión del Concilio de Jerusalén cuando se abrió la puerta de la Iglesia a los creyentes gentiles (*Hechos 15:22,27,32*). Este Judas era también profeta (*Hechos 15:32*).

(iii) Está Judas Iscariote.

Ninguno de estos tres se ha considerado en serio que pudiera ser el autor de esta carta.

(iv) Está el segundo Judas del grupo apostólico. Juan le llama < Judas, no el Iscariote > (Juan 14:22). En la lista que nos da Lucas de los Doce figura un apóstol al que la versión Reina-Valera llama < Judas hermano de Jacobo > (*Lucas 6:16; Hechos 1:13*). Si hubiéramos de depender solamente de la versión Reina-Valera creeríamos que teníamos aquí un serio candidato a la autoría de esta carta.; y, de hecho, Tertuliano llama al autor «el apóstol Judas.» Pero en el original griego a este se le llama simplemente «Judas de Santiago.» Este es un modismo muy corriente en griego, y casi siempre quiere decir, no «hermano de» sino «hijo de;» así que «Judas de Santiago» no es en la lista de los Doce «Judas, *el hermano* de Santiago,» sino «Judas, *el hijo* de Santiago,» como muestran todas las traducciones más recientes.

(v) Está el Judas que era hermano de Jesús (*Mateo 13:35; Marcos 6:3*). Si alguno de los Judas del Nuevo Testamento fue el autor de esta carta, tiene que haber sido este, porque sólo él podría ser llamado en verdad «*el hermano* de Santiago.»

¿Se ha de tomar esta breve carta como de Judas el hermano del Señor? En ese caso merecería un interés especial. Pero existen objeciones.

(i) Si Judas para usar la forma de su nombre con la que estamos más familiarizados- era hermano de Jesús, ¿Por qué no lo dice? ¿Por qué se identifica como «Judas, el hermano de Santiago» y no como «Judas, el hermano del Señor?» Sin duda es una explicación suficiente el decir que se resistía a aplicarse un título tan honorable. Aun siendo cierto que era hermano de Jesús, prefería, por humildad, llamarse Su siervo; porque Jesús era, no sólo su hermano, sino también su Señor. Además, Judas el hermano de Santiago no es probable que saliera nunca de Palestina. La Iglesia que conocía sería la de Jerusalén, de la que Santiago era la cabeza indiscutible. Si estaba escribiendo a las iglesias de Palestina, su relación con Santiago sería la que se subrayara más naturalmente. Después de pensarlo un poco, nos sorprendería más el que Judas se llamara «el hermano de Jesús» más bien que « el siervo de Jesucristo.»

(ii) Se ha objetado a que Judas se llamara siervo de Jesucristo, lo que equivaldría a llamarse apóstol. «Siervos de Dios» era el título de los profetas del Antiguo Testamento. «Porque no hará nada el Señor Dios sin revelar Su secreto a Sus siervos los profetas» (*Amos 3: 7*). Lo que había sido un título profético en el Antiguo Testamento se convirtió en un título apostólico en el Nuevo Testamento. Pablo se identifica como siervo de Jesucristo (*Romanos 1:1; Filipenses 1:1*). Se le llama el siervo de Dios en las Epístolas Pastorales (Tito 1: 1), y ese mismo título se lo aplica Santiago (*Santiago 1:1*). Se concluye por tanto que al llamarse «siervo de Jesucristo» Judas está aplicándose el título de apóstol.

A esto se le pueden dar dos respuestas. La primera, que el título «siervo de Jesucristo» no está confinado a los Doce, porque se lo da Pablo a Timoteo (*Filipenses 1:1*). La segunda, que aun cuando se considerara un título apostólico en el sentido más amplio de la palabra, encontramos a los hermanos del Señor asociados con los Once después de la Ascensión (*Hechos 1:14*), y Judas, como Santiago, bien puede haber figurado entre ellos; y se nos dice que «los hermanos de Jesús» eran importantes en la obra misionera de la Iglesia (*1 Corintios 9:5*). La evidencia de que disponemos tiende a demostrar que Judas, el hermano de nuestro Señor, fue uno de los miembros del círculo apostólico; y, por tanto, el título «siervo de Jesucristo» se le puede aplicar perfectamente.

(iii) Se discute que el Judas de Palestina que era hermano de Jesús pudiera escribir el griego de esta carta, porque sería arameo-parlante. Ese no es un razonamiento conclusivo. Judas conocería probablemente el griego, porque era *la lingua franca* del mundo antiguo, que casi todo el mundo conocía y usaba además de su lengua materna. El griego de *Judas* es áspero y vigoroso. Puede haber estado dentro de la capacidad de Judas el escribirlo por sí mismo; y si no, usaría a algún **ayudante y traductor como hizo Pedro** con Silvano.

(iv) También se puede argüir que la herejía que ataca Judas es el gnosticismo, y que este era una manera griega de pensar

más bien que judía- ¿y a santo de qué se puso el Judas de Palestina a escribir a los griegos? Pero es un hecho sorprendente acerca de esta herejía que es lo opuesto del judaísmo ortodoxo. La regla de toda la vida judía era la Santa Ley; la creencia básica de la religión judía era que no hay más que un solo Dios; la creencia judía en los ángeles se había desarrollado considerablemente. No es ni mucho menos difícil de suponer que, cuando algunos judíos entraran en la fe cristiana, se pasaran al otro extremo. Es fácil imaginar que un judío que hubiera sido toda la vida un siervo de la Ley, que descubriera de pronto la gracia, se entregara al antinomismo como reacción contra su anterior legalismo; y reaccionara de manera parecida contra la fe judía tradicional en un Dios único y en ángeles. Es de hecho fácil ver en los herejes a los que ataca Judas a judíos que habían entrado en la Iglesia Cristiana más bien como renegados del judaísmo que como cristianos verdaderamente convencidos.

(v) Por último, se podría objetar que, si se hubiera sabido que esta carta era obra de Judas el hermano de Jesús no habría tardado tanto en entrar en el Nuevo Testamento. Pero antes del final del siglo I la Iglesia era mayoritariamente gentil, y a los judíos se los consideraba enemigos y calumniadores de la Iglesia. Durante la vida de Jesús, Sus hermanos habían sido Sus enemigos; y bien podría haber sucedido que una carta tan judía como *Judas* tuviera que vencer mucha resistencia para ser incluida en el Nuevo Testamento, aunque su autor fuera hermano de Jesús.

JUDAS, EL HERMANO DE JESÚS

Si esta carta no es obra de Judas, el hermano de Jesús, ¿cuáles son las alternativas que se sugieren? En general, podemos considerar dos.

(i) Esta carta es la obra de un hombre llamado Judas, de quien no se sabe nada más. Esta teoría se enfrenta con una

doble dificultad. Primera, tenemos la coincidencia de que este Judas era también el hermano de Santiago. Segunda, es difícil explicar por qué una carta tan breve llegó a tener ninguna autoridad si era la obra de un desconocido.

(ii) Esta carta es seudónima. Es decir, la escribió cualquier otra persona, pero se le atribuyó a Judas. Esa era una práctica corriente en el mundo antiguo. Entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento se escribieron docenas de libros que se atribuyeron a personajes como Moisés, Henoc, Baruc, Isaías, Salomón y muchos otros. A nadie le parecía que aquello estuviera mal. Pero debemos advertir dos cosas acerca de *Judas*.

(a) En el caso de tales publicaciones, el nombre al que se atribuía un libro era famoso; pero Judas, el hermano de nuestro Señor, fue un casi desconocido; no se le contaba entre las grandes figuras de la Iglesia Primitiva. Se cuenta que en los días del emperador Domiciano hubo un intento deliberado de asegurarse de que el Cristianismo no se extendiera. Llegaron noticias a las autoridades romanas de que algunos de la familia de Jesús vivían todavía; entre ellos los nietos de Judas. Los romanos consideraron la posibilidad de que pudiera surgir alguna rebelión en conexión con esas personas, y dieron órdenes de que comparecieran ante los tribunales romanos. Cuando así lo hicieron, se vio que se trataba de trabajadores de manos encallecidas, y se los despidió como personas sin importancia e inofensivas. Está claro que Judas era casi un desconocido, y no existía razón alguna para atribuirle un libro a una persona a la que nadie conocía.

(b) Cuando se escribía un libro seudónimo, no se dejaba al lector en ninguna duda en cuanto a la persona a la que se le atribuía. Si esta carta se hubiera publicado como obra de Judas el hermano del Señor, se le habría mencionado en el título de manera que nadie pudiera confundirle con otro; y, sin embargo, de hecho, no se presenta nada claramente quién es el autor.

Judas es típicamente judía. Sus referencias y alusiones son tales que solamente un judío las podría entender. Es sencilla y tosca, gráfica y pictórica. Está claro que es la obra de un pensador sencillo, y no de un teólogo. Le encaja bien a Judas el hermano de nuestro Señor. Se atribuye a su nombre, y no

es fácil imaginar por qué se le iba a atribuir a menos que él fuera su verdadero autor.

Es nuestra opinión que esta breve carta es realmente obra de Judas el hermano de Jesús.

JUDAS

LO QUE QUIERE DECIR SER CRISTIANO

Judas 1, 2

Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago, envía esta carta a los llamados, que son amados en Dios y guardados por Jesucristo. Que la misericordia y la paz y el amor se os multipliquen.

Pocas cosas dicen tanto de una persona como la manera como habla de sí misma; pocas cosas son tan reveladoras como los títulos por los que desea que le conozcan. Judas se llama a sí mismo siervo de Jesucristo y hermano de Santiago. Así nos dice dos cosas acerca de sí mismo.

(i) Judas era un hombre que estaba contento con ocupar un segundo lugar. No era tan conocido como Santiago; y se contentaba con que le conocieran como *el hermano de Santiago*. En esto se parecía a Andrés, que era el hermano de Simón Pedro (*Juan 6:8*). También él se identificaba por su relación con un hermano más famoso que él. Judas y Andrés podrían haber sentido rencor por vivir a la sombra de sus hermanos; pero los dos tenían el don de aceptar con buena voluntad el lugar subordinado.

(ii) El único título de honor que Judas se permitía era el de *siervo de Jesucristo*. En griego es *dulos*, que quiere decir *esclavo* más que siervo o servidor. Es decir: Judas consideraba que no tenía más que un objetivo y una distinción en la vida: el estar siempre a disposición de Jesús para servirle en Su causa. La más grande gloria que ningún cristiano puede alcanzar es la de serle útil a Jesucristo.

En esta introducción usa Judas tres palabras para describir a los cristianos.

(i) Los cristianos son personas a las que *Dios ha llamado*. En griego *llamar* es *kalein*; y *kalein* tiene tres grandes áreas de uso. (a) Es la palabra que se usa para convocar a una persona a una *misión*, a un *deber*, a una *responsabilidad*. El cristiano es llamado a un deber, a una responsabilidad en el servicio de Cristo. (b) Es la palabra que se usa para invitar a una persona a una *fiesta* o a una *celebración*. Es la palabra para una invitación a una ocasión alegre. Un cristiano es una persona que ha sido invitada a la alegría de ser huésped de Dios. (c) Es la palabra para citar a una persona a *juicio*. Es la palabra para convocar a una persona a rendir cuentas. El cristiano está convocado para presentarse ante el tribunal de Cristo.

(ii) Los cristianos son personas a las que *Dios ama*. Es este gran hecho el que determina la naturaleza de la llamada. La llamada a las personas es para ser amadas y para amar. Dios llama a las personas a una tarea, pero esa tarea es un honor y no una carga. Dios llama a las personas a un servicio; pero es el servicio de la solidaridad, no de la tiranía. Por último, Dios llama a las personas a juicio; pero es el juicio del amor, y no solo de la justicia.

(iii) Los cristianos son personas a las que *Cristo guarda*. El cristiano no está nunca abandonado; Cristo es su constante centinela y su compañero de viaje.

LA LLAMADA DE DIOS

Judas 1, 2 (conclusión)

Antes de pasar a otro pasaje, pensemos un poco más sobre la llamada de Dios, y tratemos de ver algo de lo que quiere decir.

(i) Pablo habla de ser llamado para ser *apóstol* (*Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1*). La palabra que usa en griego es

apóstolos, que viene del verbo *apostellein*, *enviar*, y por tanto un apóstol es *uno que es enviado*. Es decir: que un cristiano es embajador de Cristo. Es enviado al mundo para hablar de Cristo, para actuar por Cristo, para vivir para Cristo. Mediante su vida presenta a Cristo a otras personas.

(ii) Pablo habla de ser llamados para ser *santos* (*Romanos 1:7; 1 Corintios 1:2*). La palabra para *santo* es *haguios*, que quiere decir literalmente *diferente*. El sábado es santo porque es diferente de los demás días; Dios es supremamente Santo porque es absolutamente diferente de los hombres. El ser llamados para ser *santos* es ser llamados para ser *diferentes*. El mundo tiene sus propios baremos, y sus propias escalas de valores. La diferencia para el cristiano consiste en que Cristo es el único estándar, y la lealtad a Cristo, el único valor.

(iii) El cristiano es llamado *conforme al propósito de Dios* (*Romanos 8:28*). La llamada de Dios se dirige a todas las personas, aunque no todas la aceptan. Y esto quiere decir que Dios tiene un propósito para cada persona. El cristiano es el que se somete al propósito que Dios tiene para él.

Pablo tiene mucho que decir acerca de esta llamada de Dios, y podemos exponerlo sólo muy sumariamente. Pone delante de cada persona una gran esperanza (*Efesios 1:18; 4:4*). Debería ser una influencia unificadora que vinculara a las personas mediante la convicción de que todos tienen parte en el propósito de Dios (*Efesios 4:4*). Es una llamada *hacia arriba* (*Filipenses 3:14*), que le hace a una persona iniciar la marcha hacia las estrellas. Es una llamada *celestial* (*Hebreos 3:1*), que hace que uno piense en las cosas que son invisibles y eternas. Es una llamada *santa*, una llamada a consagrarnos a Dios. Es una llamada que incluye la tarea cotidiana normal de cualquier persona (*1 Corintios 7:20*). Es una llamada que no cambia, porque Dios no cambia de idea (*Romanos 11:29*). No reconoce las distinciones humanas, ni su escala de importancias (*1 Corintios 1:26*). Es algo de lo que el cristiano debe ser digno (*Efesios 4:1; 2 Tesalonicenses 1:11*); y toda la vida debe ser un esfuerzo prolongado para asegurarla (*2 Pedro 1:10*).

La llamada de Dios es el privilegio, el desafío y la inspiración de la vida cristiana.

DEFENDIENDO LA FE

Judas 3

Amados: Cuando yo estaba decidido a dedicar toda mi energía a escribiros acerca de la fe que todos nosotros compartimos, me sentí impulsado a escribiros una carta para exhortaros a que os comprometáis en la lucha por la defensa de la fe que fue encomendada al pueblo consagrado de Dios de una vez para siempre.

Aquí tenemos las circunstancias en que se escribió la carta. Judas había estado ocupado escribiendo un tratado acerca de la fe cristiana; pero llegaron noticias de que algunos malvados y descarriados habían estado difundiendo una enseñanza destructiva. Entonces llegó a la convicción de que debía dejar de lado de momento su tratado, y escribir esta carta.

Judas asumía plenamente su obligación de ser el vigía del rebaño de Dios. La pureza de la fe estaba en peligro, y él se apresuró a defender tanto a sus ovejas como la fe. Eso implicaba dejar a un lado el trabajo en que había estado ocupado; pero a menudo es mucho mejor escribir una carta para salir al paso de la necesidad del momento presente que un tratado para el futuro. Nede ser que Judas no volviera a tener otra oportunidad de escribir el tratado que tenía en mente; pero el hecho es que hizo más por la Iglesia escribiendo esta urgente, breve carta de lo que posiblemente habría hecho dejándonos un extenso tratado sobre la fe.

En este pasaje hay ciertas verdades acerca de la fe que sustentamos y nos sustenta.

(i) La fe es *algo que se nos ha confiado*. Los hechos de la fe cristiana no son nada que hayamos descubierto por nosotros

mismos. En el verdadero sentido de la palabra son *tradición*, algo que se ha transmitido de generación en generación hasta llegar a nosotros. Se remontan en una cadena ininterrumpida hasta Jesucristo mismo.

Hay algo que añadir a esto. Los hechos de la fe son desde luego algo que no hemos descubierto nosotros. Es por tanto verdad que la tradición cristiana no es nada que se transmita mediante la fría impresión de libros; es algo que se transmite de persona a persona a través de generaciones. La cadena de la tradición cristiana es una cadena viva cuyos eslabones son hombres y mujeres que han experimentado la maravilla de los hechos.

(ii) La fe cristiana es *algo que se nos ha confiado de una vez para siempre*. Hay en ella una cualidad inalterable. Eso no es decir que cada edad no tenga que redescubrir la fe cristiana; pero sí es decir que hay un núcleo inalterable en ella -y su centro permanente es que Jesucristo vino al mundo y vivió y murió para traer la Salvación a la humanidad.

(iii) La fe cristiana es *algo que se le ha confiado al pueblo consagrado a Dios*. Es decir: la fe cristiana no es la posesión de ninguna persona individual, sino de la Iglesia. Se transmite dentro de la Iglesia; se mantiene dentro de la Iglesia, y se entiende dentro de la Iglesia.

(iv) La fe cristiana es *algo que hay que defender*. Todo cristiano debe ser un defensor de ella. Si la tradición cristiana se transmite de generación en generación, cada generación debe pasarla incorrupta e incontaminada. Hay tiempos cuando esto es difícil. La palabra que usa Judas para *defender* es *epagónízesthai*, que contiene la raíz de la palabra española *agonía*. La defensa de la fe bien puede ser algo costoso; pero esa defensa es un deber que incumbe a cada generación de la Iglesia.

EL PELIGRO DESDE DENTRO

Judas 4

Porque ciertos hombres se han introducido subrepticamente en la Iglesia -que ya estaban señalados para el juicio desde mucho antes, porque son criaturas impías-, que tergiversan la gracia de Dios convirtiéndola en una justificación para la más flagrante inmoralidad, y que niegan a nuestro único Soberano y Señor, Jesucristo.

Aquí encontramos el peligro que hizo que Judas dejara a un lado el tratado que estaba a punto de escribir, y tomara la pluma para escribir esta carta flamígera. El peligro venía *de dentro de la Iglesia*.

Ciertos hombres < se habían introducido subrepticamente.> En griego *pareisdyein*- es una palabra muy expresiva. Se usa de las palabras halagüeñas y seductoras de un contendiente astuto que se filtran gradualmente en el interior de las mentes del juez y del jurado; se usa de un fuera-de-la-ley que vuelve secretamente al país del que ha sido expulsado; se usa de la lenta pero segura y sutil intromisión de innovaciones en la vida del Estado que acaban por socavar y resquebrajar las leyes ancestrales. Siempre indica una insinuación sinuosa de algo malo en una sociedad o situación.

Ciertos hombres malvados se habían introducido en la Iglesia. Eran la clase de personas para las que estaba preparado el juicio. Eran criaturas impías, despiadadas en su pensamiento y en su vida. Judas menciona dos de sus características.

(i) Pervierten la gracia de Dios convirtiéndola en licencia para una inmoralidad flagrante. La palabra griega que hemos traducido por *inmoralidad flagrante* es una palabra hosca y terrible, *aselgueia*. El adjetivo correspondiente es *aselgués*. La mayor parte de la gente trata de ocultar sus pecados; tienen suficiente respeto a la decencia como para arriesgarse a que se

los descubra. Pero el *aselgués* es el que ha perdido hasta tal punto la vergüenza que no le importa que se conozcan sus crímenes. No es que arrogante y orgullosamente presume de ellos, sino sencillamente que puede hacer públicamente las cosas más desvergonzadas porque ha dejado de importarle la dignidad.

Estos hombres estaban sin duda contaminados de gnosticismo y su creencia de que, puesto que la gracia de Dios era suficientemente amplia para cubrir cualquier pecado, uno podía pecar cuanto quisiera. Cuanto más pecara, mayor era la gracia; por tanto, ¿por qué preocuparse? Pervirtían la gracia convirtiéndola en una licencia para pecar.

(ii) Negaban a nuestro único Señor y Soberano Jesucristo. Se puede negar a Jesucristo de muchas maneras. (a) Se Le puede negar para evitar la persecución. (b) Se Le puede negar por conveniencia. (c) Se Le puede negar con la vida y la conducta. (d) Se Le puede negar difundiendo ideas falsas acerca de Él.

Si estos hombres eran gnósticos, tendrían dos ideas equivocadas acerca de Jesús. La primera, que puesto que el cuerpo, por ser materia, era malo, Jesús solamente *parecía* tener un cuerpo, pero era una especie de fantasma con la apariencia de un hombre. La palabra griega para *parecer* es *dokein*; y estos hombres se llamaban *docetistas*. Negaban la humanidad real de Jesucristo. La segunda, negaban también Su unicidad. Creían que había muchas etapas entre la materia mala de este mundo y el Espíritu perfecto que es Dios; y creían que Jesús era solamente una de las muchas etapas del camino.

No nos extraña que Judas se alarmara. Se encontraba con una situación en la que se habían introducido subrepticamente en la Iglesia personas que estaban tergiversando la gracia de Dios y convirtiéndola en una justificación, y hasta en una razón, para pecar de la manera más desvergonzada y desaforada; y que negaban tanto la humanidad como la unicidad de Jesucristo.

LOS EJEMPLOS TERRIBLES

Judas 5-7

Me propongo recordaros -aunque vosotros ya poseéis un conocimiento pleno y definitivo de todo lo que hace al caso- que, después de sacar el Señor al pueblo de Egipto a salvo, a continuación destruyó a los que fueron incrédulos; y .que colocó bien guardados con cadenas eternas en el abismo de las tinieblas, pendientes del juicio que tendrá lugar en el gran Día, a los ángeles que no conservaron su propia dignidad, sino que abandonaron el lugar que les correspondía. Así también Sodoma y Gomorra y las , ciudades vecinas que de la misma manera que ellas se refocilaron en los pecados sexuales y se descarriaron tras una inmoralidad sexual pervertida, son una advertencia por la manera en que pagaron el castigo del fuego eterno.

1. EL DESTINO DE ISRAEL

Judas les hace una advertencia a los malvados que estaban pervirtiendo las creencias y la conducta de la Iglesia. Les dice que, en realidad, no está haciendo nada más que recordarles las cosas de las que son plenamente conscientes. En cierto sentido es verdad que la predicación cristiana no es tanto presentar nuevas verdades como enfrentar a la audiencia con la verdad que ya conocen, pero que han olvidado o están descuidando.

Para entender los dos primeros ejemplos que cita Judas de la Historia debemos tener presente una cosa. Los malvados que estaban corrompiendo la Iglesia no se consideraban enemigos de la Iglesia ni del Cristianismo, sino pensadores avanzados, una categoría superior de cristianos, una elite espiritual. Judas escoge sus ejemplos para dejar bien claro que, aunque una

persona haya recibido los mayores privilegios, todavía puede acabar mal, y aun aquellos que hayan recibido los más grandes privilegios de Dios no se pueden considerar a sí mismos totalmente fuera de peligro, sino deben estar en guardia contra los posibles errores.

El primer ejemplo está tomado de la historia de Israel. Acude a buscarlo Judas a *Números* 13 y 14. La mano poderosa de Dios había librado al pueblo de la esclavitud de Egipto. ¿Qué mayor acto de liberación se podría recordar? La dirección de Dios había guiado al pueblo a salvo a través del desierto hasta las puertas de la Tierra Prometida. ¿Qué mayor prueba de Su Providencia podría haber? Así es que en la misma frontera de la Tierra Prometida, en Cades-barrea, se enviaron exploradores para que inspeccionaran la tierra antes de emprender la invasión final. Con la excepción de Caleb y Josué, los exploradores volvieron con la idea de que los peligros que les esperaban eran tan terribles, y el pueblo de la tierra tan fuerte, que no podrían conseguir entrar en la Tierra Prometida. El pueblo rechazó el informe de Josué y Caleb, que eran partidarios de seguir adelante, y aceptaron el de los que insistían en que la empresa era desesperada. Este fue un claro acto de desobediencia a Dios y de absoluta falta de fe en Él. La consecuencia fue que Dios sentenció que aquellas personas, a excepción de Josué y Caleb, todos los de más de veinte años de edad, no entrarían en la Tierra Prometida, sino vagarían por el desierto hasta morir (*Números* 14:32s; 32:10-13).

Esta era una historia que había impresionado vivamente también a Pablo y al autor de *Hebreos* (*1 Corintios* 10:5-11; *Hebreos* 3:18-4:2). Es la prueba de que hasta el hombre que haya tenido el mayor privilegio puede encontrar el fracaso antes de llegar a la meta si se aparta de la obediencia y de la fe. Johnstone Jeffrey contaba el ejemplo de cierto hombre famoso que se negaba a que se escribiera su vida antes de su muerte, «porque, decía, he visto a muchos caer en la recta final de la carrera.» John Wesley advertía: «Por tanto, que nadie presuma de las misericordias pasadas, como si ya estuviera

fuera de peligro.» Juan Bunyan vio en su sueño que desde las mismas puertas del Cielo había un camino al infierno.

Judas advertía a aquellos hombres que, por muy grandes que fueran sus privilegios, debían tener cuidado, no fuera que les sobrecogiera el desastre. Es una advertencia que haremos bien en escuchar.

LOS EJEMPLOS TERRIBLES

2. EL DESTINO DE LOS ÁNGELES

Judas 5-7 (continuación)

El segundo ejemplo terrible que aduce Judas está tomado de la caída de los ángeles.

Los judíos tenían una angelología muy desarrollada. Entre otras cosas creían que cada nación tenía su ángel de la guarda. En *La Septuaginta*, la versión griega de las Escrituras hebreas, *Deuteronomio* 32:8 dice: < Cuando el Altísimo dividió las naciones, cuando separó a los hijos de Adán, puso límites a las naciones según el número de los ángeles de Dios.> Es decir: para cada nación había un ángel.

Los judíos creían en la caída de los ángeles, acerca de la cual se dice mucho en el *Libro de Henoc*, que parece haber estado a menudo tras el pensamiento de Judas. En relación con esto había dos tradiciones diferentes.

(i) La primera consideraba que la caída de los ángeles había sido debida al orgullo y a la rebelión. Esa leyenda se centraba en torno al nombre de Lucifer, el productor de la luz, el hijo de la mañana. Como lo encontramos en la versión ReinaValera, Isaías escribe: < ¡Cómo caíste del cielo, Lucero, hijo de la mañana! Derribado fuiste a tierra, tú que debilitabas a las naciones> (*Isaías* 14:12). Cuando volvieron los Setenta con gozo de su misión y Le contaron su éxito a Jesús, Él les advirtió del peligro del orgullo: < Yo vi a Satanás caer del Cielo como

un rayo> (*Lucas* 10:18). La idea que se tenía era que había habido una guerra civil en el Cielo. Los ángeles se levantaron contra Dios, y fueron arrojados; y Lucifer fue el jefe de la rebelión.

(ii) La segunda tradición se hacía eco de la Escritura en *Génesis* 6:1-4. Según esta línea de pensamiento los ángeles, atraídos por la belleza de las mujeres mortales, abandonaron el Cielo para seducirlas, y así pecaron.

En el primer caso la caída de los ángeles fue debida al orgullo; en el segundo, al deseo de cosas prohibidas.

En realidad Judas toma las dos tradiciones y las une. Dice que los ángeles abandonaron su dignidad; es decir, que aspiraron a un oficio que no era para ellos. Y también dice que dejaron su morada; es decir, que vinieron a la Tierra para vivir con las mujeres.

Todo esto nos parece muy extraño; se mueve en un mundo de ideas y tradiciones muy remoto del nuestro. Pero la advertencia de Judas está clara. Dos cosas produjeron la caída de los ángeles: el orgullo y la concupiscencia. A pesar de ser ángeles, y de tener el Cielo como su morada, sin embargo pecaron y quedaron pendientes de juicio por su pecado. Para los que leyeran las palabras de Judas por primera vez, estaba clara su línea de pensamiento, porque *Henoc* tenía mucho que decir acerca del destino de aquellos ángeles caídos. Así es que Judas estaba hablando a su pueblo en términos que podían entender muy bien, y les estaba diciendo que, si el orgullo y la concupiscencia trajeron la ruina a los ángeles a pesar de todos sus privilegios, podían arruinarlos a ellos también. Aquellos malvados dentro de la Iglesia eran suficientemente orgullosos para creer que sabían más de lo que la Iglesia enseñaba, y eran lo suficientemente codiciosos para pervertir la gracia de Dios convirtiéndola en una licencia para su inmoralidad. Sea cual fuera el trasfondo antiguo de sus palabras, la advertencia de Judas sigue siendo válida. El orgullo que cree saber más que Dios, y el deseo de cosas prohibidas, son el camino de la ruina en el tiempo y en la eternidad.

3. SODOMA Y GOMORRA

Judas 5-7 (conclusión)

El tercer ejemplo que escogió Judas es la destrucción de Sodoma y Gomorra. Famosas por sus pecados, estas ciudades fueron obliteradas por el fuego de Dios. En su *Geografía histórica de la Tierra Santa*, George Adam Smith señala que ningún otro incidente de la Historia hizo un impacto comparable en la memoria del pueblo judío, y que Sodoma y Gomorra se usan una y otra vez en la Escritura como ejemplos *par excellence* del pecado humano y del juicio divino; así los citó también el mismo Jesús (*Deuteronomio 29:23; 32:32; Amós 4:11; Isaías 1:9; 3:9; 13:19; Jeremías 23:14; 49:18; 50:40; Sofonías 2:9; Lamentaciones 4:6; Ezequiel 16:46, 49, 53, 55; Mateo 10:15; 11:24; Lucas 10:12; 17:29; Romanos 9:29; 2 Pedro 2:6; Apocalipsis 11:8*). «El reflejo de Sodoma y Gomorra se extiende por toda la historia de la Escritura.»

La historia de la corrupción a ultranza de Sodoma y Gomorra se nos cuenta en *Génesis 19:1-11*, y el trágico relato de su destrucción en el pasaje inmediatamente posterior (*Génesis 19:12-28*). El pecado de Sodoma es uno de los relate más terribles de la Historia. Ryle lo llamó «un incidente repulsivo.» El verdadero horror del incidente está velado ligeramente en la versión Reina-Valera mediante un giro típicamente hebreo. A Lot le habían llegado dos visitantes angélicos. Ante la insistencia de Lot, entraron en su casa para ser sus huéspedes. Cuando estaban allí, los habitantes de Sodoma cercaron la casa exigiéndole a Lot que sacara a sus visitante para *conocerlos*. En hebreo, *conocer* puede querer decir también *tener relación sexual*. Se dice, por ejemplo, que Adán *conoció* a su mujer, y ella concibió y dio a luz a Caín (*Génesis 4:1*). Lo que los habitantes de Sodoma se proponían era tener relación homosexual con los dos visitantes de Lot -*Sodomía*, es

la palabra que designa tradicionalmente este pecado, y *sodomitas* a los que lo cometen.

Fue después de esto cuando fueron obliteradas de la faz de la tierra. Las ciudades vecinas eran Zoar, Adma y Zeboim (*Deuteronomio 29:23; Oseas 11:8*). Este desastre se localizó en el terrible desierto de la región del mar Muerto, una región que George Adam Smith llama «esa hondonada terrible, esa parcela de las regiones infernales salida a la superficie, ese averno agostado por el sol.» Fue allí donde se decía que habían estado las ciudades; y se decía que bajo ese suelo calcinado y estéril seguía ardiendo un fuego eterno de destrucción. El suelo es bituminoso a causa del petróleo de debajo, y George Adam Smith supone que lo que sucedió fue que «en este suelo bituminoso tuvo lugar una de esas terribles explosiones y conflagraciones que se han producido en la geología similar de Norteamérica. En tales suelos se forman depósitos subterráneos de petróleo y de gas, liberados repentinamente por su propia presión o por un terremoto. El gas explota, elevando en el aire masas de petróleo que vuelven a caer como lluvia de fuego, y son tan inextinguibles que siguen ardiendo flotando sobre el agua.» Fue tal vez por una erupción de fuego así como fueron destruidas Sodoma y Gomorra. Ese terrible desierto estaba sólo a un día de camino de Jerusalén, y los judíos nunca olvidaron este juicio divino sobre el pecado.

Así pues, Judas les recuerda a estos malvados el destino de aquellos que en los tiempos pasados desafiaron la ley moral de Dios. Es razonable suponer que los que Judas denuncia también habían descendido a la sodomía, y estaban pervirtiendo la gracia de Dios para justificarla.

Judas insiste en que deberían recordar que el pecado y el juicio van de la mano, y deberían arrepentirse antes que fuera demasiado tarde.

Judas 8 y 9

De la misma manera, estos también contaminan la carne con sus sueños, y menosprecian a los poderes celestiales, y hablan mal de las glorias angélicas. Cuando el arcángel Miguel mismo estaba disputando con el diablo el cuerpo de Moisés, no se aventuró a lanzar contra él una acusación condenatoria, sino dijo simplemente: < ¡Qué el Señor te reprenda! »

Judas empieza este pasaje comparando a los hombres malvados con los falsos profetas a los que la Escritura condena. *Deuteronomio 13:1-5* establece lo que se ha de hacer con «un profeta o soñador de sueños» que corrompa a la nación y aparte al pueblo de su lealtad a Dios. Tal profeta debe morir irremisiblemente. Estos hombres a los que Judas ataca son falsos profetas, soñadores de falsos sueños, seductores del pueblo, y han de ser tratados como tales. Su falsa enseñanza producía dos resultados.

(i) Les hacía contaminar la carne. Ya hemos visto la doble dirección de su enseñanza sobre la carne. Primero, la carne era totalmente mala, y por tanto no tenía ninguna importancia; así es que los instintos del cuerpo se podían satisfacer sin ningún control. Segundo, la gracia de Dios lo perdonaba todo; y, por tanto, el pecado no importaba, puesto que la gracia perdonaba todos los pecados. El pecado no era más que un medio para que la gracia tuviera oportunidad de obrar.

(ii) Despreciaban a los ángeles. Los poderes celestiales y las glorias angélicas eran rangos en la jerarquía angélica. Esto sigue inmediatamente después de la referencia a Sodoma y Gomorra como ejemplos terribles; y parte del pecado de Sodoma fue el deseo de sus habitantes de abusar de los visitantes angélicos (*Génesis 19:1-11*). Los hombres que Judas ataca hablaban mal de los ángeles. Para demostrar lo

terrible que eso era cita Judas un ejemplo del libro apócrifo *La Asunción de Moisés*. Una de las cosas que extrañan de *Judas* son las citas de los libros apócrifos. A nosotros nos sorprenden; pero esos libros se usaban ampliamente en el tiempo en que Judas estaba escribiendo, y las citas que se hicieran de ellos serían muy efectivas.

El relato de *La Asunción de Moisés* es como sigue. La historia sorprendente de la muerte de Moisés se encuentra en *Deuteronomio 34:1-6*. *La Asunción de Moisés* sigue el tema hablando de la tarea de enterrarle, que se le confió al arcángel Miguel. El diablo le disputó a Miguel la posesión del cuerpo de Moisés. Basaba su pretensión en dos razones. Primera, que el cuerpo de Moisés era materia; la materia era mala; y, por tanto, le pertenecía a él, porque la materia era su dominio. Segunda, que Moisés era un asesino, porque había matado al egipcio que estaba maltratando al hebreo (*Éxodo 2:11s*). Y, si era un asesino, el diablo tenía derecho a su cuerpo. La lección que Judas ve en esto es que Miguel estaba ocupado en una tarea que le había asignado Dios; el diablo estaba tratando de impedirlo, presentando unos derechos que en realidad no tenía. Pero, hasta en un conjunto de circunstancias así, Miguel no habló mal del diablo, sino simplemente le dijo: « ¡Que el Señor te reprenda! » Si el más importante de los ángeles buenos se negó a hablar mal del mayor de los ángeles malos, hasta en circunstancias tales, no hay duda que ningún ser humano puede hablar mal de ningún ángel.

Lo que estaban diciendo acerca de los ángeles los hombres que Judas está atacando, no lo sabemos. Tal vez decían que no existían; o que eran malos. Este pasaje no tiene mucho sentido para nosotros; pero sin duda contenía una seria reprensión para aquellos a los que Judas se lo dirigió.

UN EVANGELIO CARNAL

Judas 10

Pero estas personas hablan mal de todo lo que no entienden, mientras que se permiten corromperse por el conocimiento que les reportan sus instintos, viviendo a merced de ellos como bestias irracionales.

Judas dice dos cosas de los hombres malos a los que está atacando.

(i) Critican todo lo que no entienden. Consideran sin valor e irrelevante cualquier cosa que esté fuera de su órbita y de su experiencia: Como decía Pablo: «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender porque se han de discernir espiritualmente» (1 *Corintios 2:14*). Ellos no tenían discernimiento espiritual, y por tanto eran ciegos y despreciaban todas las realidades espirituales.

(ii) Se dejaban contaminar por las únicas cosas que entendían. No entendían más que de los instintos carnales que tenían en común con las bestias irracionales. Su forma de vida consistía en dejar que esos instintos se salieran con la suya; su escala de valores era exclusivamente carnal. Judas describe a hombres que han perdido toda conciencia de las cosas espirituales, y para quienes las cosas que buscan los instintos animales son las únicas que cuentan.

Lo terrible es que la primera condición es el resultado directo de la segunda. Lo trágico es que no hay nadie que nazca sin un cierto sentido para las cosas espirituales; pero lo puede perder hasta tal punto que dejan de existir para él. Uno puede perder cualquier facultad si se niega a usarla. Eso lo descubrimos en cosas tan sencillas como los juegos y las habilidades. Si dejamos de practicar un juego, perdemos la capacidad de jugarlo. Si abandonamos la práctica de una facultad -como, por ejemplo, tocar el piano-, la perdemos.

Esto lo descubrimos en cosas como las habilidades. Puede que sepamos algo de una lengua extranjera; pero, si nunca la hablamos o leemos, la perdemos. Cualquier persona puede oír la voz de Dios; y cualquier persona tiene los instintos animales de los que depende la supervivencia de la raza. Pero, si se niega insistentemente a escuchar a Dios, y hace que sus instintos sean la única dinámica de su conducta, acabará por no poder oír la voz de Dios, y no le quedarán para guiar su vida nada más que sus deseos brutales. Es terrible que uno llegue a una etapa en la que es sordo para Dios y ciego para la bondad; y esa es la etapa a la que habían llegado los hombres a los que se dirigía Judas.

LECCIONES DE LA HISTORIA

Judas 11

¡Ay de ellos, porque van por el camino de Caín! Se lanzan al error de Balaam, y perecen en la oposición a Dios de Coré.

Judas pasa ahora a la historia hebrea para encontrar paralelos de los hombres malvados de su propio tiempo. Y de ella saca los ejemplos de tres notorios pecadores.

(i) Primero, está Caín, el asesino de su hermano Abel (*Génesis 4:1-15*). En la tradición hebrea Caín representaba dos cosas. (a) Fue el primer asesino de la historia universal; y, como *La Sabiduría de Salomón* decía: « Él mismo pereció en la furia que le movió a matar a su hermano» (*Sabiduría 10: 3*). Bien puede ser que Judas quisiera decir que los que seducen a otros no son sino asesinos de sus almas; y, por tanto, los descendientes espirituales de Caín. (b) Pero en la tradición hebrea Caín llegó a representar algo más que eso. Para Filón era el prototipo del egoísmo. En la enseñanza rabínica Caín es el prototipo del cínico. En el *Talmud de Jerusalén* se le

representa diciendo: «No existen ni el juicio ni el Juez; no hay otro mundo; ninguna buena recompensa se les dará a los buenos, ni se aplicará castigo a los malvados; ni tampoco hay ninguna piedad en la creación o en el gobierno del mundo.» Para los pensadores hebreos Caín era el incrédulo, cínico, materialista, que no creía ni en Dios ni en el orden moral del mundo; y que, por tanto, hacía exclusivamente lo que quería. Así es que Judas está acusando a sus oponentes de desafiar a Dios y de negar el orden moral del mundo. Continúa siendo verdad que la persona que escoge pecar tiene que habérselas con Dios; y que aprender, siempre, con dolor y a veces con tragedia, que nadie puede desafiar impunemente el orden moral del mundo.

(ii) Segundo, está Balaam. En el pensamiento del Antiguo Testamento, en la enseñanza judía, y hasta en el Nuevo Testamento (cp. *Apocalipsis 2:14*) Balaam es el gran ejemplo de los que enseñaron a pecar a Israel. En el Antiguo Testamento hay dos historias acerca de él. Una es bien clara, y vívida y dramática; la otra es más confusa, pero mucho más terrible; y es esta última la que dejó su impronta en el pensamiento y la enseñanza de los judíos.

La primera se encuentra en *Números 22 a 24*. Allí se nos dice que Balac intentó persuadir a Balaam para que maldijera al pueblo de Israel porque temía su poder, ofreciéndole cinco veces grandes recompensas. Balaam se resistió a dejarse convencer por Balac; pero su codicia era lo que descollaba, y está claro que fue solo el miedo a lo que Dios pudiera hacerle lo que le detuvo de hacer un convenio terrible. Balaam descuellera como un personaje detestable.

En *Números 25* tenemos la segunda historia. Israel es seducido a dar culto a Baal con terribles y repulsivas consecuencias morales. Más tarde leemos (*Números 31:8,16*) que fue Balaam el responsable de esa seducción, y él mismo pereció miserablemente por haber enseñado a otros a pecar.

De esta historia compuesta surge Balaam como el representante de dos cosas: (a) Representa al hombre codicioso que está

dispuesto a pecar para obtener algún beneficio material. (b) Representa al malvado que es culpable del más grande de los pecados: el de enseñar a otros a pecar. Así es que Judas declara a los malvados de su tiempo que ellos también están dispuestos a abandonar el camino de la integridad por una ganancia material; y que están enseñando a otros a pecar. Pecar para obtener una ganancia material es malo; pero enseñar a otros a pecar es lo peor de todo.

(iii) Tercero, está Coré. Su historia se nos cuenta en *Números 16:1-35*. El pecado de Coré fue que se rebeló contra la dirección de Moisés cuando los hijos de Aarón y la tribu de Leví fueron reconocidos como los sacerdotes de la nación. Esa fue una decisión que Coré no estaba dispuesto a aceptar. Quería ejercer una función a la que no tenía ningún derecho; y cuando lo hizo, pereció trágicamente, juntamente con todos sus compinches. Coré representa al que se niega a aceptar la autoridad, y se lanza a cosas a las que no tiene ningún derecho. Así es que Judas está acusando a sus oponentes de desafiar la autoridad legítima de la Iglesia, y por tanto de preferir su propio camino al de Dios. Debemos recordar que si tomamos ciertas cosas que el orgullo nos incita a tomar, las consecuencias pueden ser desastrosas.

EL RETRATO DE LOS INICUOS

Judas 12-16

Estas personas son rocas ocultas que amenazan hacer zozobrar vuestras Fiestas del Amor. En ellas arman juergas con sus pandillas sin el más mínimo remordimiento. No tienen el menor sentimiento de responsabilidad con nadie más que consigo mismos. Son nubes que no traen ni una gota de lluvia, sino que pasan de largo arrastradas por los vientos. Son árboles sin fruto aun en el tiempo de la cosecha de otoño, muertos por partida

doble y desarraigados. Son fieras olas del mar que espumarajan sus propias obras desvergonzadas. Son estrellas errantes a las que esperan para siempre los abismos de la oscuridad. Fue de ellos de los que profetizó Henoc, el séptimo descendiente de Adán, cuando dijo:

«¡Fijaos! El Señor ha venido con miríadas de Sus santos para dictar sentencia contra todos y para condenar a todos los impíos por todas sus acciones impías que han cometido impíamente, y por las palabras blasfemas que los pecadores impíos han dicho contra Él. >

Estos son quejicas que no hacen más que protestar lastimeramente de todo lo que Dios les ha asignado en la vida. Lo único que gobierna su conducta son sus caprichos. No sueltan por la boca nada más que palabras altisonantes. Adulan a la gente para sacar partido.

Esta es una de las grandes invectivas del Nuevo Testamento, surgida de una indignación moral al rojo vivo. Como lo expresaba Moffatt: < Se acude a los cielos, a la tierra y al mar para hacer una descripción del carácter de estos hombres. > Aquí tenemos una serie de cuadros vívidos, todos con su sentido particular. Considerémoslos uno a uno.

(i) Son como rocas ocultas que amenazan hacer zozobrar las Fiestas de Amor de la Iglesia. Este es el único caso en que hay dudas acerca de lo que Judas quiere decir; pero de una cosa no hay duda: los malvados son un peligro para las Fiestas del Amor. La Fiesta del Amor, el *Agapé*, era una de las primeras características de la Iglesia. Era una comida fraternal que se tenía el Día del Señor. A ella traía cada uno lo que podía, y todos participaban. Era una idea preciosa el que los cristianos de cada grupo casero se sentaran juntos a la mesa el Día del Señor para comer juntos. Sin duda habría algunos que no podrían contribuir con mucho, y algunos con nada más que un poquito. Para muchos de los esclavos sería probablemente la única comida decente de la semana.

Pero los *Agapés* empezaron a deteriorarse muy pronto. Podemos ver los problemas que se iniciaron en la iglesia de Corinto, porque Pablo declara que en sus Fiestas de Amor no había más que división. Se dividían en grupos y secciones; algunos tenían demasiado, y otros se quedaban con hambre; y la ocasión se había convertido para algunos en una juerga inmoral (1 *Corintios* 11: 17-22). A menos que el *Agapé* fuera una verdadera fraternidad, era una parodia, y muy pronto empezó a desmentir su nombre.

Los oponentes de Judas estaban convirtiendo las Fiestas del Amor en una parodia. La versión Reina-Valera dice que Judas los llama < manchas en vuestros ágapes > (versículo 12); y eso coincide con el pasaje paralelo de 2 *Pedro* 2:13: < inmundicias y manchas. > Hemos traducido la expresión de Judas por < rocas ocultas. >

Lo difícil es que Pedro y Judas no usan la misma palabra, pero sí palabras muy parecidas. La palabra de 2 *Pedro* es *spilos*, que quiere decir incuestionablemente *una mancha*; pero la palabra de Judas es *spilás*, que es bastante rara. Puede que quiera decir *una mancha*, porque en griego posterior se podía usar para las manchas o las vetas de una piedra de ópalo; pero en el griego contemporáneo su significado más frecuente era *una roca sumergida, o mediosumergida, en la que un barco podía naufragar fácilmente*. Creemos que el segundo significado es aquí el más probable.

En las Fiestas del Amor los miembros de la iglesia estaban muy unidos de corazón, y se daban el beso de la paz. Estos malvados usaban las Fiestas del Amor como ocasión para gratificar su concupiscencia. Es terrible que entren personas a la iglesia y usen las oportunidades que da su comunión para sus propios fines pervertidos. Estas personas eran como rocas ocultas en las que la comunión de las Fiestas del Amor corría peligro de naufragar.

EL EGOÍSMO DE LOS MALVADOS

Judas 12-16 (continuación)

(ii) Estos malvados arman juergas por grupos y no tienen sentimiento de responsabilidad para con nadie más que consigo mismos. Estas dos cosas van juntas, porque las dos subrayan su egoísmo a ultranza.

(a) Arman juergas en sus pandillas sin el menor remordimiento. Esta era exactamente la misma situación que Pablo condenó en 1 Corintios. La Fiesta del Amor se suponía que era un acto de comunión; y la comunión se demostraba compartiendo todas las cosas. En vez de compartir, los malvados se mantenían apartados en sus grupitos, y guardaban para sí todo lo que tenían. En 1 Corintios Pablo llega hasta a decir que las Fiestas del Amor se convertían para algunos en borracheras, en las que cada uno se apropiaba de todo lo que podía (1 Corintios 11:21). Ninguna persona que esté en la iglesia para aprovecharse y mantenerse dentro de su grupito puede pretender que se ha enterado de lo que quiere decir ser miembro de la Iglesia.

(b) Hemos traducido la frase siguiente: < No tienen sentimiento de responsabilidad para con nadie más que consigo mismos. > El original quiere decir literalmente < pastorearse a sí mismos. > El deber de un responsable de la iglesia es ser un pastor del rebaño de Dios (*Hechos 20:28; 1 Pedro 5:2s*). El falso pastor se cuidaba mucho más de sí mismo que de las ovejas que se suponía que estaban a su cuidado. Ezequiel describe a los falsos pastores, a los que debían quitarse los privilegios: < "¡Tan cierto como que Yo estoy vivo! -ha dicho el Señor Dios-, que Mi rebaño ha estado expuesto al robo, y Mis ovejas a ser presa de todas las fieras del campo, porque no tenían pastor; porque Mis pastores no buscaron a Mis ovejas, sino que se apacentaron a sí mismos y no apacentaron a Mis ovejas." Por eso, pastores, oíd palabra del Señor. Así ha dicho el Señor Dios: "¡Yo estoy contra los pastores y deman-

daré Mis ovejas de su mano, y haré que dejen de apacentar Mis ovejas!" > (*Ezequiel 34:8-10*). El hombre que no siente ninguna responsabilidad por el bienestar de nadie más que el de sí mismo es culpable.

Así es que Judas condena el egoísmo que destruye la comunión, y la falta de sentido de responsabilidad hacia los demás.

(iii) Los malvados son como nubes que el viento arrastra sin que llueva ni una gota, y como árboles en el tiempo de la cosecha que no tienen ningún fruto. Estas dos frases van juntas, porque describen a las personas que pretenden ofrecer grandes cosas pero que son esencialmente inútiles. Había veces en Palestina -corito en España- que el pueblo oraba por la lluvia. Algunas veces se podían ver pasar las nubes por el cielo despertando la esperanza de la lluvia, pero no caía ni una gota. Las nubes pasaban volando, y la lluvia no llegaba. En cualquier tiempo de la cosecha había árboles que parecía que estaban cargados de fruta, pero que, cuando los cosechadores se acercaban a ellos no encontraban ni una.

En estos ejemplos se presenta una gran verdad. La promesa sin cumplimiento es inútil, y en el Nuevo Testamento no hay nada que se condene tanto como la inutilidad. Ningún despliegue de alarde externo o de palabras bonitas puede ocupar el lugar de la utilidad para los demás. Como se ha dicho: < Si uno no sirve a nadie, no sirve para nada. >

EL RESULTADO DE LA DESOBEDIENCIA

Judas 12-16 (continuación)

Judas pasa a hacer una descripción muy gráfica de estos malvados. «Son fieras olas del mar que espumarajean sus propias obras desvergonzadas.» La imagen es la siguiente. Después de una tormenta, cuando las olas han estado azotando la orilla con sus rociadas y espuma, siempre queda en la orilla

una cinta de algas y de maderas de todas clases y toda clase de feos desechos del mar. Esa es siempre una escena desagradable; pero en el caso de cierto mar lo es aún más que en ningún otro. Las aguas del mar Muerto pueden ser azotadas formando olas, y estas olas, también, echan desechos a la orilla; pero en este ejemplo se da una circunstancia exclusiva. Las aguas del mar Muerto están tan saturadas de sal que se comen la corteza de todos los troncos, que, cuando son arrojados a la orilla, relucen de puro blancos, más como huesos que como maderos. Las obras de los malvados son como los desechos inútiles y horripilantes que dejan las olas desperdigados sobre la orilla después de una tormenta, y recuerdan las reliquias macabras de las tormentas del mar Muerto. Así retrata Judas vívidamente la fealdad de las acciones de sus oponentes.

Judas usa otra ilustración más. Los malvados son como estrellas errantes que se sumen en un abismo de oscuridad por su desobediencia. Esta es una figura tomada directamente del *Libro de Henoc*. En ese libro se identifican a veces las estrellas con los ángeles; y hay una descripción del destino de las estrellas que, desobedientes a Dios, se apartaron de la órbita que se les había señalado, y fueron destruidas. En su viaje por todo el mundo, Henoc llegó a un lugar donde no vio < ni los cielos por arriba ni la tierra firmemente fundada, sino un lugar caótico y horrible.> Y prosigue: < Y allí vi siete estrellas del cielo que estaban atadas juntas, como grandes montañas, y ardiendo con fuego. Entonces yo dije: "¿Por qué pecado están atadas, y en razón de qué las han arrojado aquí?" Y dijo Uriel, uno de los santos ángeles, que estaba conmigo y que estaba a cargo de aquellas: "Henoc, ¿por qué preguntas y por qué anhelas la verdad? Este es un número de estrellas del cielo que han transgredido el mandamiento del Señor, y están atadas aquí hasta que pasen diez mil años, el tiempo señalado hasta que sus pecados hayan transcurrido."> (*Henoc 21:1-6*). El destino de las estrellas errantes es característico del de las personas que desobedecen los mandamientos de Dios y, como si dijéramos, siguen su propio camino.

Judas confirma entonces todo esto con una profecía; pero la profecía está tomada también de *Henoc*. El pasaje dice exactamente: < ¡Y fijaos! Él viene con miradas de Sus santos a ejecutar juicio sobre todos, y a destruir a todos los impíos; y a condenar a toda carne por todas las obras impías que han perpetrado impiamente; y por todas las palabras duras que los pecadores impíos han hablado contra El> (*Henoc 1:9*).

Esta cita ha suscitado muchas preguntas con respecto a *Judas y Henoc*. No cabe duda que en los días de Judas, y en los días de Jesús, *Henoc* era un libro muy popular, que todos los judíos piadosos conocían y leían. Es normal que, cuando los autores del Nuevo Testamento querían confirmar sus palabras, echaran mano de citas del Antiguo Testamento usándolo como la Palabra de Dios. ¿Habremos de considerar *Henoc* como Sagrada Escritura ya que Judas lo usa exactamente como usaría cualquiera de los profetas? O ¿hemos de tomar el punto de vista que menciona Jerónimo, que *Judas* no se puede considerar Escritura porque comete la equivocación de usar como Escritura un libro que no lo es en realidad?

No tenemos por qué gastar tiempo en este debate. El hecho es que Judas, un judío piadoso, conocía y amaba el *Libro de Henoc*, y se había criado en un círculo en el que era considerado con respeto y hasta con reverencia; y lo cita con perfecta naturalidad, sabiendo que sus lectores lo reconocerían y respetarían. En realidad, el canon hebreo del Antiguo Testamento no se cerró hasta finales del siglo I después de Cristo, siendo una de las razones que impulsaron a ello el hecho de que la Iglesia Cristiana usaba como Escritura libros de los judíos de la Diáspora que no se habían escrito o se conservaban en hebreo. Judas hizo en realidad lo mismo que todos los autores del Nuevo Testamento, y que todos los escritores hacen en todas las épocas: se dirigió a su audiencia en el lenguaje que se podía reconocer y entender.

CARACTERÍSTICAS DE LOS MALVADOS

Judas 12-16 (conclusión)

En el versículo 16 Judas especifica tres últimas características de los malvados.

(i) Son protestones, permanentemente descontentos con la vida que Dios les ha asignado. En este cuadro Judas usa dos palabras, una de las cuales que les sería muy familiar a sus lectores judíos, y la otra, a los griegos.

(a) La primera es *gonguystés*. Esta palabra describe las voces descontentas de los murmuradores y es la misma que aparece frecuentemente en la traducción griega del Antiguo Testamento para *las murmuraciones* de los israelitas contra Moisés cuando los guiaba por el desierto (*Éxodo 15:24; 17: 3; Números 14:29*). Parece reproducir onomatopéyicamente el susurro de descontento resentido que surgía del pueblo rebelde. Estos malvados del tiempo de Judas eran la contrapartida moderna de los murmuradores israelitas del desierto, personas llenas de quejas malhumoradas contra la mano guiadora de Dios.

(b) La segunda es *mempísimoiros*. Está formada por dos palabras griegas: *mémfesthai*, que quiere decir *echar las culpas*, y *moira*, *la suerte o la vida de uno*. Un *mempísimoiros* era un hombre que estaba siempre quejándose de la vida en general. Teofrasto, el gran maestro en la descripción de personajes, tiene un estudio cómico y burlesco del *mempísimoiros* que vale la pena citar completo:

El quejumbroso es el que se pasa de quejarse indebidamente de su suerte en todos los casos. El quejumbroso le dirá al amigo que le trae una porción de su propia mesa: «Esto es una muestra de lo tacaño que eres conmigo, porque no has querido invitarme a comer contigo en persona. » Cuando su amante le está dando un beso, él le dice: «Me pregunto si me estarás besando de corazón, o porque quieres algo de mí. » Está disgustado con

Zeus, no porque no le mande la lluvia, sino porque ha tardado algo en mandársela. Cuando se encuentra una cartera en la calle, se pone: «¡Ah! No me encuentro nunca un tesoro que valga la pena. » Cuando ha comprado un esclavo barato después de regatearle el precio al vendedor hasta agotarlo, exclama: «¡No será una ganga cuando me lo ha dejado tan barato!» Cuando le dan la buena noticia de que le ha nacido un niño, entonces es que: < Si me dices que esto me va a costar la mitad de mi fortuna me habrás dicho la verdad.» Si gana un pleito mediante un veredicto unánime, está seguro de encontrarle faltas al que ha hecho su defensa por omitir muchas circunstancias que le eran favorables. Y si se ha hecho una suscripción a su favor entre sus amigos, y uno de ellos le dice: «¡Alegra esa cara I, » él le responde: «¿De qué, si se lo voy a tener que devolver a todos y el chollo será para ellos?»

Aquí, trazado hábilmente por la pluma sutil de Teofrasto, tenemos el retrato de uno de esos que encuentran siempre algo de quejarse en cada situación. Puede encontrarle alguna pega al mejor dé los negocios, al más amable de los gestos, al más redondo de los éxitos, a la buena suerte más voluminosa. «Gran ganancia es la piedad acompañada de contentamiento» (*1 Corintios 6:6*); pero los malvados están siempre descontentos con la vida y con todo lo que Dios les asigna. Hay pocas personas que sean menos populares que el quejica crónico, y los tales harían bien en tener presente que su actitud equivale a un insulto a Dios.

(ii) Judas reitera un detalle de estos malvados, que ya ha señalado una y otra vez: su conducta está gobernada por sus deseos. Para ellos la disciplina y el dominio propio no sirven para nada. Para ellos la ley moral no es más que una carga y un fastidio; el honor y el deber no les incumben; no tienen ningún deseo de servir, ni ningún sentido de responsabilidad; no valoran más que el placer, y su única dinámica es el deseo. Si todo el mundo fuera así, el mundo sería un completo caos.

(iii) Hablan con orgullo y arrogancia, y sin embargo al mismo tiempo están dispuestos a halagar a los grandes si piensan creen que pueden obtener algún beneficio. Es perfectamente posible que una persona sea al mismo tiempo un tipo rimbombante con las personas a las que trata de impresionar, y un adulador halagüeño con las personas que considera importantes. Los oponentes de Judas se ensalzaban a sí mismos y adulaban a los demás según demandara la ocasión; y su progenie se encuentra a veces entre nosotros.

LAS CARACTERÍSTICAS DEL ERROR (1)

Judas 17-19

Pero vosotros, queridos hermanos, debéis recordar las palabras que os hablaron en su tiempo los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; debéis recordar que nos dijeron: «En los últimos tiempos habrá burladores, cuya conducta estará gobernada por sus propios deseos impíos.» Estos son los que provocan divisiones -tipos carnales, sin el Espíritu.

Judas les indica a los suyos que no ha sucedido nada que no estuviera previsto. Los apóstoles les habían advertido que en los últimos tiempos surgirían hombres malvados como los que estaban ya entre ellos. Las palabras que cita Judas no se encuentran en ningún libro del Nuevo Testamento. Puede que esté haciendo una de tres cosas: que esté citando algún libro apostólico que no poseemos; o no de un libro, sino de alguna tradición oral de la predicación apostólica, o de algún sermón que él puede haberles oído a los apóstoles; o que esté dando el sentido general de un pasaje como el de 1 *Timoteo 4:1-3*. En cualquier caso, está diciéndoles a los suyos que el error se podía esperar en la Iglesia. De este pasaje podemos deducir algunas de las características de estos malvados.

(i) Se burlan de la bondad, y su conducta está gobernada por sus propios deseos malos. Las dos cosas van juntas. Estos oponentes de Judas tenían dos características, como ya hemos visto. Creían que el cuerpo, por ser materia, era malo; y que, por tanto, no importaba que se saciaran sus deseos. Además, argüían que, puesto que la gracia podía perdonarlo todo, el pecado no importaba. Estos herejes tenían una tercera característica. Creían que eran pensadores avanzados; y consideraban a los que cumplían la ley moral tradicional como anticuados y pasados de moda.

Ese punto de vista no ha muerto ni mucho menos. Sigue habiendo personas que creen que los principios de moralidad y fidelidad tradicionales, especialmente en materia de sexo, están totalmente anticuados. Hay un texto terrible en el Antiguo Testamento: < Dice el necio para sus adentros: "¡Dios no existe!" > (*Salmo 53:1*). En el original, *necio*, en hebreo *nabal*, no quiere decir una persona ignorante, sino que pasa del tema. Y el hecho de que diga que no existe Dios es debido exclusivamente al deseo de su corazón. Sabe que, si existe Dios, él está equivocado, y le espera el juicio; por tanto, elimina la idea de Dios de su horizonte. En último análisis, los que eliminan la ley moral y dan rienda suelta a sus pasiones y deseos egoístas lo hacen porque quieren vivir a su aire. Escuchan la voz de sus deseos en lugar de escuchar la voz de Dios -y olvidan que vendrá un día cuando no tendrán más remedio que escucharle.

LAS CARACTERÍSTICAS DEL ERROR (2)

Judas 17-19 (*conclusión*)

Estos malvados tienen una segunda característica: Provocan divisiones -son carnales, sin el Espíritu. Aquí hay una idea de lo más significativa -provocar divisiones dentro de la Iglesia es siempre un pecado. Estos lo hacen de dos maneras.

(a) Como ya hemos visto, hasta en las Fiestas del Amor tenían sus propios grupitos. Con su conducta estaban destruyendo sistemáticamente la comunión ° dentro de la Iglesia. Estaban trazando un círculo que excluía a los demás en lugar de incluirlos.

(b) Pero llegaban más lejos. Había algunos pensadores en la Iglesia Primitiva que tenían una manera de considerar la naturaleza humana que dividía esencialmente a las personas en dos categorías. Para entender esto debemos conocer algo de la psicología griega. Para los griegos, el ser humano se componía de cuerpo (*sóma*), alma (*psyjé*) y espíritu (*pneuma*). *Sóma* era sencillamente la constitución física de la persona. *Psyjé* nos es más difícil de entender; para los griegos, el alma (*psyjé*) era sencillamente la vida física; todos los seres vivos, los animales y las plantas, tenían *psyjé*. *Pneúma, espíritu*, era totalmente diferente; pertenecía exclusivamente al ser humano, y era lo que le hacía una criatura inteligente, semejante a Dios, capaz de hablar con Dios y de escucharle.

Estos pensadores pasaban a argüir que todos los hombres poseían *psyjé*, pero muy pocos poseían realmente *pneuma*. Solamente los verdaderamente intelectuales, la elite, poseían *pneuma*; y por tanto solamente muy pocos podían alcanzar la verdadera religión. El resto tenía que contentarse con moverse en los niveles más bajos de la experiencia religiosa. Ellos por tanto dividían a las personas en dos clases. Estaban los *psyjikoi*, que estaban físicamente vivos pero intelectual y espiritualmente muertos. Los podríamos llamar *carneles*. Todo lo que poseían era la vida de carne y hueso; el progreso intelectual y la experiencia espiritual no estaban a su alcance. Y estaban los *pneumatikoi*, que eran capaces de un conocimiento intelectual real, de un conocimiento real de Dios y de una experiencia espiritual real. Aquí tenemos la base de una aristocracia intelectual y espiritual por encima del rebaño de las personas vulgares y corrientes.

Además, estas personas que se creían *pneumatikoi*, creían que estaban exentas de todas las leyes ordinarias que gobiernan

la conducta humana. La gente ordinaria podría ser que tuviera que cumplir los principios aceptados, pero ellos estaban por encima de eso. Para ellos no existía el pecado; eran tan avanzados que podían hacer lo que les diera la gana sin ser por ello peores. Haremos bien en recordar que sigue habiendo personas que creen que están por encima de las leyes, que se dicen para sus adentros que eso no les podría suceder a ellos, y que creen que pueden salirse siempre con la suya.

Ahora podemos ver lo inteligentemente que trata Judas con estas personas que dicen que el resto de la humanidad son los *psyjikoi*, mientras que ellos son los *pneumatikoi*. Judas toma sus palabras y les da la vuelta. «Sois vosotros -les truenalos que sois *psyjikoi*, los dominados por la carne; sois vosotros los que no tenéis *pneuma*, ni conocimiento real ni experiencia de Dios.» Judas les dice a estas personas que, aunque se crean los únicos verdaderamente religiosos, no tienen ni lo más mínimo de tales. Los que ellos desprecian son de hecho mucho mejores que ellos.

La verdad acerca de estos supuestos intelectuales y espirituales era que deseaban pecar, y tergiversaban la religión para convertirla en una licencia para pecar.

LAS CARACTERÍSTICAS DE LA BONDAD

Judas 20 y 21

Pero vosotros, queridos hermanos, debéis edificaros sobre el fundamento de vuestra santísima fe; debéis orar en el Espíritu Santo; debéis manteneros en el amor de Dios; mientras esperáis la misericordia de nuestro Señor Jesucristo que os llevará a la vida eterna.

En el pasaje anterior, Judas describió las características del error; en este pasaje pasa a describir las características de la bondad.

(i) El hombre bueno edifica su vida sobre el cimiento de la santísima fe. Es decir: la vida del cristiano está cimentada, no en algo que se ha fabricado por sí mismo, sino en algo que ha recibido. Hay una cadena en la transmisión de la fe. La fe llegó de Jesús a los apóstoles; de los apóstoles, a la Iglesia; y nos llega de la Iglesia a nosotros. Aquí hay algo tremendamente importante. Quiere decir que la fe que sustentamos -o, mejor dicho, que nos sustenta- no es meramente la opinión personal de uno mismo, sino la revelación que vino de Jesucristo y fue conservada y transmitida dentro de la Iglesia, siempre bajo el cuidado y la dirección del Espíritu Santo, de generación en generación.

Esa fe es *una fe santísima*. Una y otra vez hemos visto el significado de la palabra *santo*. El sentido de su raíz es *diferente*. Lo que es *santo* es *diferente* de otras cosas, como el sacerdote es diferente de los demás del pueblo, el Templo es diferente de los otros edificios, el sábado diferente de los otros días, y Dios supremamente diferente de los hombres.

Nuestra fe es diferente en dos sentidos. (a) Es diferente de otras fes y de las filosofías en que no es hecha por los hombres, sino dada por Dios; no es opinión, sino revelación; no es suposición, sino certeza. (b) Es diferente en que tiene poder para hacer diferentes a los que creen. No es sólo algo que cambia las ideas, sino algo que cambia las vidas; no es simplemente una creencia intelectual, sino también una dinámica moral.

El hombre que es bueno es un hombre de oración. Se ha expresado esto diciendo: «La religión, en el sentido verdadero, quiere decir *dependencia*.» La esencia de la religión es la conciencia de nuestra total dependencia de Dios; y la oración es el reconocimiento de esa dependencia, y el acudir a Dios para recibir la ayuda que necesitamos. Como decía Moffatt en una definición magnífica: «La oración es el amor en necesidad apelando al Amor en poder.» El cristiano debe ser un hombre de oración por lo menos por dos razones. (a) Sabe que debe someterlo todo a la voluntad de Dios, y por tanto tiene que

presentárselo a Dios para Su aprobación. (b) Sabe que por sí mismo no puede hacer nada, pero que con Dios todas las cosas son posibles; y por tanto tiene que estar llevando constantemente su insuficiencia a la suficiencia de Dios.

La oración, dice Judas, ha de ser *en el Espíritu Santo*. Lo que quiere decir es que nuestras oraciones humanas es inevitable que sean, por lo menos a veces, egoístas y ciegas. Solamente cuando el Espíritu Santo toma plena posesión de nosotros nuestros deseos son purificados y nuestras oraciones son correctas. La verdad es que, como cristianos, debemos orar a Dios, pero sólo Él nos puede enseñar cómo y por qué debemos orar.

(iii) El hombre bueno se mantiene en el amor de Dios. En lo que Judas está pensando aquí es en la relación del Antiguo Pacto entre Dios y Su pueblo como se nos describe en *Éxodo 24:1-8*. Dios se dirigió a Su pueblo prometiéndole que sería su Dios y ellos serían Su pueblo; pero esa relación dependería de que ellos aceptaran y obedecieran la Ley que Él les dio. < El amor de Dios -comenta Moffatt- tiene también sus propios términos de comunión. > En cierto sentido es verdad que no podemos salirnos del amor y el cuidado de Dios; pero también es verdad que, si deseamos permanecer en íntima comunión con Dios, debemos ofrecerle el perfecto amor y la perfecta obediencia que van siempre de la mano.

(iv) El hombre bueno espera anhelantemente. Espera la venida de Jesucristo en misericordia, amor y poder; porque sabe que el propósito de Cristo para él es traerle a la vida eterna, que no es otra cosa que la vida de Dios mismo.

RECLAMANDO A LOS PERDIDOS

Judas 22 y 23

A algunos de ellos debéis convencerlos de su error para que se aparten mientras están todavía indecisos.

A otros debéis rescatarlos arrebatándolos del fuego. De otros debéis tener lástima y temor al mismo tiempo, aborreciendo hasta la ropa que está contaminada por la carne.

Los distintos traductores dan traducciones diferentes de este pasaje. La razón es que hay muchas dudas en cuanto al verdadero texto griego. Hemos dado la traducción que creemos más próxima al sentido del pasaje.

Hasta con los peores herejes, aun los que se han alejado más en el error, y los que tienen creencias peligrosas, el cristiano tiene la obligación ineludible, no de destruir, sino de salvar. Su propósito debe ser, no desterrarlos de la Iglesia Cristiana, sino conquistarlos para la comunión cristiana. James Denney decía, para presentar el Evangelio de la manera más sencilla posible, que Jesús vino para hacer buenas a las malas personas. Sir John Seeley decía: «Cuando el poder de reclamar a los perdidos desaparece de la Iglesia, es que ha dejado de ser la Iglesia.» Como hemos tomado este pasaje, Judas divide los problemas de la Iglesia en tres clases, cada una de las cuales reclama un enfoque diferente.

(i) Hay algunos que coquetean con la falsedad. Se sienten claramente atraídos por el mal camino, y están a punto de entregarse al error, pero siguen dudando antes de dar el paso decisivo. Hay que sacarlos del error antes que sea demasiado tarde. De aquí se deducen dos obligaciones.

(a) Debemos estudiar para poder defender la fe y dar razón de la esperanza que hay en nosotros. Debemos saber lo que creemos para poder enfrentarnos al error con la verdad, y debemos capacitarnos para defender la fe de tal manera que podamos ganar a otros a ella con nuestra simpatía y sinceridad. Para hacerlo debemos desterrar de nuestra actitud toda insinceridad, y toda arrogancia e intolerancia de nuestro contacto con otros.

(b) Debemos estar dispuestos a hablar a tiempo. Muchas personas se podrían salvar del error de pensamiento y de acción

si se les hablara a tiempo. Algunas veces tenemos reparo de hablar; pero muchas veces el silencio es cobarde, y puede hacer más daño que el que harían las palabras. Una de las grandes tragedias de la vida es cuando alguien nos dice: «Yo no habría llegado a esta terrible situación si alguien -tal vez tú- me hubiera hablado.»

(ii) Hay algunos a los que hay que arrebatarse del fuego. Ya han empezado a recorrer el camino del error, y hay que pararlos, digamos, como sea; y aun contra su voluntad. Está muy bien el decir que debemos respetar la libertad de los demás, y que tienen derecho a cometer sus propios errores. Todas estas cosas son ciertas en un sentido, pero hay veces en que hay que salvar a una persona de sí misma aunque sea a la fuerza.

(iii) Hay algunos a los que debemos compadecer y temer al mismo tiempo. Aquí está pensando Judas en algo que es indudablemente cierto. El pecador corre peligro; pero también lo corre el que intente rescatarle. El que trate una enfermedad infecciosa corre peligro de contraerla. Judas dice que debemos aborrecer la ropa contaminada por la carne. Es casi seguro que aquí está pensando en las disposiciones de *Levítico 13:47-52*, donde se establece que la ropa que ha usado una persona que se descubre que sufre de lepra debe quemarse. El viejo dicho sigue siendo cierto: «Debemos amar *al pecador, pero aborrecer el pecado.» Antes que una persona pueda rescatar a otras debe estar suficientemente fuerte en la fe: Debe tener los pies bien firmes y seguros en la tierra seca antes de lanzarle el salvavidas al que es probable que arrastre la corriente. Es un hecho que el rescate de los que están en el error no lo puede acometer cualquiera. Los que quieran ganar a otros para Cristo deben estar muy seguros en Él; y los que hayan de librar batalla con la enfermedad del pecado deben tener el fuerte antiséptico de una fe sana. La ignorancia nunca se puede enfrentar con la ignorancia, ni siquiera con un conocimiento parcial; hay que enfrentarla desde la afirmación: «Yo sé en Quién he creído.»

DOXOLOGÍA FINAL

Judas 24 y 25

A Quien es poderoso para guardaros de toda caída y para haceros estar presentes sin mancha delante de su gloria llenos de gozo, al Dios único, nuestro Salvador, por medio de nuestro Señor Jesucristo, sean la gloria, la majestad, el dominio y el poder, desde siempre y ahora y para siempre. Amén.

Judas llega al final con una tremenda adscripción de alabanza.

Tres veces en el Nuevo Testamento se da alabanza al *Dios Que es poderoso*. En *Romanos 16:25* Pablo da alabanza al Dios que es poderoso para fortalecernos. Dios es la única Persona Que puede dar un fundamento a nuestra vida que nada ni nadie pueda sacudir jamás. En *Efesios 3:20* Pablo da gloria al Dios que es poderoso para hacer mucho más de lo que podamos nunca pedir o ni siquiera soñar. Él es el Dios Cuya gracia nadie ha agotado jamás, y en relación con Quien ninguna expectativa puede resultar exagerada.

Aquí ofrece Judas su alabanza al Dios que es poderoso.

(i) Dios es poderoso para guardarnos sin caída. La palabra original es *áptaistos*. Se usa lo mismo de un caballo seguro de remos, que no tropieza ni resbala nunca, como de una persona que no cae en el error. < No dará tu pie al resbaladero. » es la manera en que el *Salmo 121* expresa la misma convicción. Caminar con Dios es caminar seguros y a salvo hasta en el sendero más peligroso y resbaladizo. En el montañismo, los escaladores se atan unos a otros para que, si alguno resbala, otro compañero firme pueda resistir su peso y salvarle. De la misma manera, cuando estamos atados con Dios, Él nos mantiene a salvo.

(ii) Dios puede hacernos permanecer intachables en la presencia de Su gloria. La palabra original para intachables es

ámómos. Este es especialmente un término que se refiere a los sacrificios, y se usa corriente y técnicamente de un animal que no tiene mancha ni defecto, y por tanto puede ofrecerse a Dios. Lo sorprendente es que cuando nos sometemos a Dios, Su gracia puede hacer nuestras vidas nada menos que un sacrificio idóneo para ofrecérselo a Él.

(iii) El nos puede llevar a Su presencia con un gozo exultante. Lo más natural es pensar en entrar a la presencia de Dios con temor y vergüenza; pero, por la obra de Jesucristo y la gracia de Dios sabemos que podemos acercarnos a Dios con gozo y sin el menor resto de miedo. Por medio de Jesucristo, Dios, el Juez severo, nos es conocido como nuestro Padre amante.

Notemos un último detalle. Solemos asociar la palabra *Salvador* con Jesucristo; pero aquí Judas Se la aplica a Dios. Y no es el único que lo hace, porque a Dios Se le llama Salvador a menudo en el Nuevo Testamento (*Lucas 1:47; 1 Timoteo 1:1; 2:3; 4:10; Tito 1:3; 2:10; 3:4*). Así es que acabamos con la certeza maravillosa y consoladora de que detrás de todo está el Dios Cuyo nombre es Salvador. El cristiano tiene la gozosa certidumbre de que en este mundo vive en el amor de Dios, y en el por venir va a ese amor. El amor de Dios es al mismo tiempo la atmósfera y la meta de todo nuestro vivir.